

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Nú-
mero suelto, 10 céntimos. — Atrasado, 25. — Co-
rresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

Curiosidad filatélica

SELLOS CON LOS RETRATOS

DE

ORENSE, FIGUERAS, RUIZ ZORRILLA Y CASTELAR

Están admirablemente grabados por el re-
nombrado artista don Bartolomé Maura.
Precio de cada sello 25 céntimos.

Los pedidos á la administración de El
Motín.

A los republicanos

*Hice los sellos con un propósito de
propaganda que di á entender.*

*La venta ha sido un fracaso y no
puedo intentar nada de lo que me pro-
ponía.*

*Y esto me impone un deber: el de ad-
vertir á cuantos en adelante pidan se-
llos, que no crean contribuir al fin in-
dicado.*

*Pues únicamente como curiosidad fila-
télica continuará anunciándolos desde
hoy.*

EXPLICACIONES

A los queridos amigos que contribu-
yeron á los gastos de la primera y últi-
ma emisión de sellos: Gracias y salud.

(Un paréntesis necesario. No todos los
que figuraron en las listas publicadas
en El Motín, justificaron después el de-
recho á darse por aludidos en el párrafo
anterior.)

Como todos recordarán, allá por Di-
ciembre del año último, en vista de lo
indispensable que es el dinero para todo,
(aun para ir á confundirse en el cielo
con los bienaventurados y los elegidos),
propuse que se hicieran unos sellos con
fines de propaganda. Nadie acogió la idea
y ocurrióseme entonces realizarla con la
ayuda de los lectores de El Motín, que,
más que lectores, son, en su mayoría,
amigos míos.

Y efectivamente, con su ayuda se hi-
cieron.

Una vez á mi disposición los 20.000
que mandé tirar, envié á mis amigos los
equivalentes á la cantidad que cada uno
había dado, á pesar de que muchos no
los querían, y preparé cinco rollos de
500 pesetas cada uno, que remití con
atenta carta á otros tantos republicanos
de la clase de egregios. Todos los devol-
vieron sin abrir siquiera, excepto dos,
que se quedaron con una pequeña can-
tidad en concepto de recuerdo.

Dirigíme entonces á muchos republi-
canos de influencia, renombre ó posición,
relatándoles lo ocurrido, y diciéndoles
al final:

«Si después de saber esto, y las razones
que me han impulsado á hacer los sellos, y
lo que esos señores piensan, y lo que yo me
propongo, y la aplicación que se daría á la
cantidad que se reuniese, quiere usted to-
mar sellos para colocarlos entre los corre-
ligionarios, le agradeceré en nombre de la
República que me diga cuánta cantidad le
envío».

Y, con unanimidad asombrosa, los
que me contestaron (que fueron pocos,
cual si la democracia estuviese divorcia-
da de la cortesía) convinieron en que,
no habiendo tomado sellos los jefes, ellos
no debían tomarlos; lo cual demuestra
que, á pesar de lo afirmado constante-
mente, la disciplina sigue inalterable
entre nosotros, por lo menos cuando se
trata de no adquirir sellos. El ejemplo
de los jefes decide aun, arrastra, se im-
pone... ¡Y yo, torpe de mí, que los creía
tan quebrantados!

Hablaré de esto en el momento oportu-
no y de algunas cartas edificantes que
he recibido. Hoy por hoy, me limito á
dar nuevamente las gracias á cuantos
han contribuido á prepararme este nue-
vo fracaso, llevados de su amor á la idea
republicana y de su amistad hacia mí.
Corresponderé á sus excelentes deseos
proporcionándoles unos buenos ratos
contando los detalles, cómicos
algunos, de lo ocurrido con los sellos.

Si algún amigo de los que han con-
tribuido á la emisión, quiere (sin retri-
bución, claro es) algunos sellos más de
los que le he mandado, que me los pida.
A los que me queden, les tengo ya pre-
parado destino; fincarán pegados en la

pared de la redacción como prueba de
micandidez, y de otras cosas que irá
viendo poco á poco el querido lector.

A menos que nuestros jefes, secun-
dados por los que imitan sus altos ejem-
plos, obren pronto de tal manera, que
me obliguen á exclamar: «Hicieron bien
reservándose para la acción que han rea-
lizado.» Que todo pudiera ser.

Aun cuando yo no crea en ellos, me
guardaré bien de sostener que la era de
los milagros se haya cerrado. Y diré
más: si los jefes realizan el que la opi-
nión republicana les viene reclamando,
dejaría de ser un imposible para mí el
creer... hasta en el misterio de la Santi-
sima Trinidad.

El cuento de la lechera

Cada vez que me oía llamar hombre
práctico, me esponjaba orgullosamente.
Algo de lo que debe de ocurrirle á la mu-
jer fea que se oye llamar bonita.

De serlo me alababa, en consonancia con
el adagio: «dime de lo que blasonas te diré
lo que te falta», y como á tal por muchos se
me tenía. Pero ¡ay! el golpe de los sellos ha
dado al traste con todas mis ilusiones en
este punto. Yo me decía:

«Mando tirar 20.000 sellos, como aperi-
tivo. A los ocho días no me queda uno, y
sólo para servir los pedidos pendientes, re-
pito con 100.000.

Inmediatamente se colocan, y entonces
encargo al señor Maura que grave otros
cuatro retratos, el de Fernando Garrido,
el de Villacampa, el de Roberto R. bert y
el de Mangado, dos á 10 céntimos y dos á
5, para que puedan adquirírselos los re-
publicanos que no estén en muy buenas
relaciones con el Excmo. Sr. D. Vil Metal.
¡Ah, se me olvidaba! Antes de pensar en
eso, deposito en manos republicanas los
miles de duros reunidos.

El ejemplo dado por los ilustres, acaso
por vez primera, despierta patrióticas emu-
laciones. Como en la revolución francesa
acudían los ciudadanos á inscribirse para
correr á la frontera al toque de un tambor
colocado junto á una mesa y un palo con
una bandera, así corren los republicanos
españoles á depositar en el correo las car-
tas pidiéndome sellos.

Cuando se ponen á la venta los últimos,
la demanda raya en delirio; faltan manos
para hacer diariamente los envíos.

Es tal el entusiasmo por adquirírselos, que
aun cuando yo nada digo en el periódico
para no despertar sospechas, la dirección
de Correos se cree obligada á dar la voz
de alerta al gobierno acerca de las muchas
cartas que recibe EL MOTÍN, haciendo lo
propio en cuanto á las libranzas la Tabla-
calera, y el Banco de España y El Crédito
Lyonés en cuanto á las letras.

El gobierno trata de averiguar el sitio en
que yo voy depositando las cantidades, pero
no lo consigue, como tampoco enterarse de
la excursión que hago á provincias, apare-
ntemente para colocar sellos, en realidad pa-
ra dar la debida aplicación al dinero requi-
rido. Como yo no voy á lucirme en veladas,
ni á recibir ovaciones, ni á aceptar ban-
quetes, mi viaje pasa inadvertido, pero los
republicanos que se encuentran quedan muy
contentos de mis queridos trabajos.

El espíritu revolucionario renace y la
confianza con él; desaparecen los antago-
nismos, y cada uno tiene confianza en to-
dos, y todos en cada uno.

Este cambio de conducta, como no podía
por menos de ocurrir, trasciende á toda Es-
paña; los que habían puesto para ayudar-
nos la condición de que nos uniéramos, se
disponen á hacer honor á su palabra.

El gobierno comienza á inquietarse; toma
medidas represivas; prende á algunos, en-
tre ellos á mí; destierra á otros, pero sólo
consigue apresurar lo inevitable; y un día:
Repaso la lista de lo recaudado, y

¡Adiós leche, dinero,
huevos, pollos, lechón, vaca y ternero!

Ciento ochenta y cuatro pesetas cobradas
por sellos desde el 9 de Junio á fin de Ago-
sto, me gritan entre carcajadas:

«¡Y eres tú el hombre práctico! ¡Ja, ja,
ja! ¡Ja, ja, ja!»

EN SERIO

Me he dirigido directamente á casi
todos los que en España alardean de re-
publicanos más ó menos importantes, ó
más ó menos caciques, invitándoles á
adquirir sellos para destinar su importe
á algo que no han hecho los jefes, y, co-
mo en otro lugar de este número digo,
muy pocos me han contestado. No les
niego el derecho á la descortesía, como
ellos no me negarán á mí otros dere-
chos de que iré usando y abusando cuando
me convenga.

Es posible ¿qué posible? es seguro que
algunos, muchos quizás, hayan pensado:
«Este anda mal, hace ya tiempo y trata
por este medio de continuar alejando
con EL MOTÍN.» No era esa mi idea, co-

mo demostraré cuando pueda hacerlo.
Pero aunque esa hubiera sido ¿en qué
podían haber empleado mejor unas pesa-
tas que en contribuir al sostenimiento
del periódico que encarna, que simboli-
za la lucha contra la reacción clerical?
¿Qué mayor honra para ellos, ni qué ser-
vicio más eficaz podían haber prestado á
nuestras ideas?

Aquí donde se ha estrujado á los co-
rreligionarios para fundar periódicos que
no alcanzan ni arraigo, ni influencia,
ni nombre, porque respondían á ideas
mezquinas de predominio de fracción, ó
á satisfacciones de rencores personales,
desde La Vanguardia (federal) hasta El
Porvenir (progresista); desde La Justi-
cia (centralista), hasta El Progreso (pro-
gresista), sin contar con el marqués de
Santa Marta se gastó 50.000 duros
en crear y sostener un periódico para
que lo inspirara el señor Pi (que no lo
inspiró), ¿quién aquí hubiera tenido de-
recho á extrañarse de que yo, á los 19
años de publicar El Motín, frente á una
reacción clerical tremenda, y después de
haberlo tirado todo y haber agotado en
absoluto mi crédito personal con algún
amigo, hubiera procurado por ese medio
seguir con el periódico, más que por lo
que particularmente me interesaba, por
aborrarle al partido republicano la ver-
guenza de que cayera EL MOTÍN en es-
tos momentos de lucha, en que tan po-
cos combatientes van quedando, ya que
nuestros hombres eminentes, ni en los
mitins, ni en el Congreso, ni en parte al-
guna se atreven á alzar su voz contra el
clericalismo ni á oponerse siquiera á la
marcha invasora de las órdenes religio-
sas? ¿Quién hubiera tenido derecho á ex-
trañarse de eso, repito? Nadie. Si acaso,
los que saben que yo nunca elijo cami-
nos tortuosos, y que, si hubiera pensado
en pedir ayuda para EL MOTÍN, lo habría
hecho cara á cara y creyendo que de-
bían agradecerme aquellos á quienes
me hubiese dirigido.

He dicho.

EN BROMA

¿Qué bien dicen los clericales! Las malas
lecturas corrompen el corazón.

Era yo muy joven cuando leí por vez pri-
mera Los trabajadores del mar, de Víctor
Hugo, y enamoréme del tipo de sir Clubin...
Aquel marino de voluntad férrea, fingién-
dose honrado durante 40 años para inspirar
confianza y poder así dar algún día un golpe
de mano que lo hiciera rico, sin que su pos-
tiza honradez pareciera, aquel tipo (lo de-
claro reservadamente), ha guiado mis pasos
en la vida.

Dispuesto á imitarle, díme á pensar en el
blanco á que debería yo dirigir la puntería, y
á los dos ó tres días de meditaciones inces-
santes y profundas, ocurrióseme esta diabó-
lica idea:

Poner á la venta el 9 de Junio de 1900
unos sellos, grabados perfectamente por don
Bartolomé Maura, con los retratos de Oren-
se, Figueras, Ruiz Zorrilla y Castelar, se-
ñores que ya habían tenido para entonces
la previsión de muerte; estar con ellos á los
republicanos débiles á entender que iba á
dedicar la causa que reuniera á trabajos
revolucionarios; y crearme de esta manera
tan sencilla una fortuna superior á la de la
Compañía de Jesús.

Desde aquel día todas mis acciones fue-
ron encaminadas á ese fin, y, como es con-
siguiente, cuantas veces he hecho por favorecer
el triunfo de la República, no ha sido convic-
ción, ni amor al ideal, ha sido fingimiento,
cálculo; trataba de inspirar confianza á los
correligionarios para que, al hacer los se-
llos en 1900, cayesen en el lazo como in-
cautas aveciillas.

Al venir la República el 73, aun cuando
yo era un muchacho, había ya periodiquen-
do lo bastante para solicitar cargo ó empleo;
pero, fijo en los sellos, me mantuve es-
cribiendo peticiones del corte de las tres que
últimamente he impreso. No quise renunciar,
por el pan del presente, á las tahonas del
porvenir.

Vino la restauración, y allá por el 76 se
me propuso por persona influyente pasarme
á ella. Rechacé la proposición en el acto.
¿Qué podían haberme dado? Influencia, po-
sición, tranquilidad para mí, bienestar para
los míos? ¡Y qué! ¿a todo eso comparado
con lo que yo iba á ganar con los sellos que
pondría á la venta el 9 de Junio de 1900?

Corrieron los tiempos; adquirí algún nom-
bre; un exministro liberal que había sido re-
publicano, tan sólo por encarme de que de-
bía seguir su riad. Mas yo, no por amor
á la República la dejé por consecuencia, ni por
dignidad, ni por necios supondrán, si no
porque contaba con el tesoro de los sellos,
rechacé su proposición sin incurrir en la cu-
silería de fingirme. ¡Los sellos! Estos fue-
ron mi única esperanza ayer; estos, serían
mi única realidad mañana.

Más adelante, y siempre con la careta
de la honradez sobre el rostro, se me con-
faron 25.000 duros para llevarlos á París, sin
recibo, y me fué en que no hubiera sido
posible reclamármelos. Y yo los entregué, no

por deber, ni por honradez, sino porque
nunca se me ocurrió enriquecerme por el
camino tan trillado del robo y la estafa vul-
gares. Además ¿qué significaba medio millón
de reales con lo que sacaría yo de los sellos,
que pondría á la venta el 9 de Junio de 1900?

Vinieron á mí contrariedades sin cuento,
pérdidas, bajas á millares en el periódico; se
hundió todo alrededor mío, menos mi volun-
tad; llegó la negra, como dicen los flamen-
cos; mas yo, pensando en los pocos años que
me separaban ya del de mi revancha, el
1900, miraba todo aquello con indiferencia;
voy á ser más franco; hasta me alegraba:
aquel sacrificio de cuanto tenía en defensa
de la idea republicana, duplicaría la confia-
za en mí, y el golpe de los sellos que pon-
dría á la venta el 9 de Junio de 1900, sería
más seguro.

Lo único que á veces me inquietó, fué la
poca prisa que se daban á morirse los que
debían figurar en la emisión, si bien contaba
con que se morirían á tiempo. ¿Y cómo no,
yendo en ello mi fortuna? Cuando cayó el
último, Castelar, respiré tranquilo. ¡Ya los
tenía á todos enterrados! Los sellos surgi-
ron por fin el año 1900 poniéndolos á la
venta el 9 de Junio, y los republicanos, ei-
ganiados por mi aparente honradez, pondrían
satisfachos en mis manos sus ahorros revo-
lucionarios.

¡Suena por fin el año 1900 en el reloj de
los tiempos!... ¡Encargo los sellos!... ¡Se gra-
ban!... ¡Se imprimen!... ¡Me los entregan!...
¡Oh qué alegría! ¡Qué delirio! ¡El objeto de
mi vida está cumplido!... ¡Rostchild y Van-
derrit serán á mi lado unos pordioseros!...
¡He engañado á todos!... ¡Soldad los cuartos,
imbéciles, que no habéis sospechado mi ju-
gadad!... ¡Que construyan un arca de hierro
muy grande para guardar mi tesoro! . . .

¡Pobre sir Clubin! En el momento en que,
después de haber hecho encallar habilmente
el buque, entra en la cueva con la bolsa del
dinero que habían confiado á su honradez,
acreditada en 40 años de fingimiento é hi-
pocresía; cuando comenzaba á airearse su
alma, como dice Víctor Hugo, se destaca
de entre las sombras la primer pata del gi-
gantesco pulpo que se enlaza á su cuerpo,
pata á la que sigue otra, y otra, hasta ocho,
que se estenden, se encogen, se entrelazan
en todas direcciones, oprimiéndole hasta
ahogarle. . . .

¡Y pobre de mí! Casi al tocar ya en mi
bolsillo los millones de pesetas que algunos
republicanos afirman que tienen dispuestos
para empresas belicosas, me encuentro con
que tengo que pegar en la pared de la re-
dacción más de la mitad de los sellos que
mandé tirar, y eso que al convencerme del
fracaso comencé á regalarlos á espuestas;
aún de los que envié á los queridos amigos
que contribuyeron á la emisión.

Tranquilescen, pues, los que hayan sos-
pechado que yo iba á hacerme rico con los
sellos. Eso pensaba, pero no me ha salido la
cuenta. Los republicanos son más listos de
lo que parece. Han visto claro el juego y se
han retraído prudentemente.

¡Y pensar que he dedicado mi vida entera
á dar este golpe en vano! En mi desespera-
ción, hay momentos en que pienso en el
suicidio. Afortunadamente pasan pronto,
que si no... Si no, hace días que mi flambré
hubiera sido colocado en el último estuche.
¡Porque cuidado que el chasco ha sido gordo!

Bien dicen los clericales: las malas lectu-
ras corrompen el corazón.

UN RUEGO

Amigos Leopoldo Garrido, de La Ca-
rolina; Isidro Lozano, de Calatayud;
Antonio Garrido, de Toledo; y Telesforo
Sisto Ruiz, de Burgos; únicos que en
provincias me han pedido sellos para
ver si vendían.

Les reitero aquí el ruego que les he
hecho en carta particular: no se molesten
en colocar los sellos que tengan aun.

Convencido ya de que es imposible
con su importe hacer lo que pensaba, no
quiero que el fracaso refluya poco ni
mucho en provecho mío.

Gracias mil por su buena intención,
que hago extensiva á Bernardo Mala,
único que en Madrid ha imitado á us-
tedes.

Y después de esto, y á pesar de esto,
sigamos cavando la huerta; es decir,
trabajando por lo mismo que hasta aquí.

JOSE NAKENS

A TRES PERIÓDICOS

Desde Enero de 1899 está en la cárcel de
Barcelona Francisco Collado y Tejer, pro-
cedente de la isla de Ouba, donde ya lleva-
ba sufridos cerca de dos años de prisión,
en causa que se le sigue, con otros, por la
supuesta muerte del conocido insurrecto
cubano llamado el Inglesito.

El infeliz Collado refiere de este modo lo
que le ha ocurrido:

«Vivía trabajando en un ingenio de Cienfuegos.
La última guerra separatista me arruinó. Por ne-
cesidad y convicción me hice guerrillero, como
tantos otros. En la guerrilla de Santa Isabel de
las Lajas he servido hasta llegar á sargento y me

he batido más de una vez, pensando en España y
en mi madre.

Un día me encarcelaron, con otros compañeros
de armas, bajo la acusación de haber dado muer-
te al Inglesito y de la cual muerte había oído ha-
blar ocho ó diez meses antes. Luego supe que
aquella sumaria se formó por reclamaciones di-
plomáticas de Inglaterra, á la que el miedo tenía
que dar satisfacción.

La tremenda odisea recorrida en los tres años
y pico que llevo preso no es para contada siquiera.
He sufrido todas las privaciones y todas las mise-
rias, he pasado por todas las vergüenzas, he llora-
do con la desesperación impotente y los cuidados
entre las dentadas ruidas del infortunio irreme-
diable. Lo que me vuelve loco, sobre todo, es que
no vislumbre la esperanza de que termine este
suplicio que estoy sufriendo sin culpa.

Alas generosas como el señor Suárez Inclán,
el señor Villamil y el señor Díaz del Villar, se han
interesado en mi favor, pero tropieza-do siempre
con resistencias insuperables: la resistencia pro-
ducida por la inercia de mi propia insignificancia.
Llamárame yo Juan Gualberto Gómez, ó Rius
Ribera, y sería hasta empleado público; fuese yo
hijo de Kansas City en vez de serlo de Cangas de
Onís y gozara de más libertad que un pájaro.

Nadie sabe dónde está mi causa: en el mini-
sterio de Estado creen que está en la Habana ó
Washington, mientras la Capitanía General de
esta región dice á su vez que está en el Consejo
Supremo.

No sé tampoco quien es el Juez instructor de la
misma, ni puedo, por lo tanto, nombrar mi defen-
sor. Hace más de tres meses que he pedido ser
trasladado á Madrid y tampoco ha sido resuelta
en ningún sentido mi petición hasta la fecha.

¿Estaré irremisiblemente condenado? ¿Se me
habrá confundido acaso con alguno de esos terri-
bles anarquistas que llevan sobre sus carnes las
señales infamantes de los tormentos de Monjuich?
Pida usted, señor, que se me juzgue, que tengo la
conciencia muy tranquila, si no se quieren liqui-
dar de una vez las vergüenzas de Cuba; pero que
sea pronto, porque si esto dura voy á perder el
juicio.

Se lo suplico de rodillas, más que por mí por
una pobre anciana que llora la desgracia de su
hijo con lágrimas de sangre y á quien voy per-
diendo la esperanza de abrazar.

Si EL IMPARCIAL, EL LIBERAL, y el HERALDO
tomaran este asunto por su cuenta, pronto se
haría justicia.

¿Lo tomarán? Yo les suplico que lo ha-
gan en nombre de la madre de ese infeliz
que expía en la cárcel incidencias de la
catástrofe, después que se ha pasado la
esponja del perdón y el olvido sobre tan-
tas y tan grandes iniquidades.

La Diputación provincial de Cáceres
había llevado su despilfarro hasta el ex-
tremo de pagar tres años de cría para
catorce mamones del hospicio de Plasen-
cia. ¿Y qué sucedió? Lo que era de es-
perar: que se ahitaron, y doce de los ca-
torce murieron en pocos días.

Entre esos diputados no hay un solo
lector de El Motín. Todos son muy
buenos católicos, oyen misa, confiesan,
comulgan, pendonean en las procesio-
nes, y...

Naturalmente. ¿Qué han de hacer? Lo
que hacen.

MISIONEROS

Omiten los preceptistas en sus tratados
la retórica militar. Y es grande injusticia.
Ninguna hay que opere tantos milagros. El
tribuno hipnotiza á las muchedumbres, el
abogado sugestióna al tribunal, el predica-
dor eleva á lo infinito el alma de su oyen-
tes. Sólo el orador moral sabe sacar de los
sentimientos más generosos los actos más
reprobables. Para llevar á los hombres á
matar y á morir les habla de patria, de glo-
ria, de justicia, de independencia, de fe, de
civilización. Pintales las bellezas del sagrado
suelo de que les destierra y de las santas
afecciones de que les arranca. Les represen-
ta al enemigo hollando sus hogares y atro-
pellando á sus madres, á sus esposas y á sus
hijos. Y así obtiene de ellos que huellen el
hogar y atropellen á las madres, á las espo-
sas y á los hijos del vecino.

Cada uno de los maestros de esta orato-
rio emplea peculiares recursos. Aníbal y
Catilina, á juzgar por las oraciones que Tito
Livio y Salustio ponen en sus labios, se es-
fuerzan por demostrar á los suyos lo crítico
de su situación, que no les deja otra al-
ternativa sino entre la victoria ó la muerte. El
Gran Capitán pintaba á sus soldados ham-
brientos y descalzos la riqueza y holgura de
que disfrutaban los de enfrente, incitándoles
á lo que ha llamado en nuestros días Kro-
potkin «la conquista del pan». Napoleón,
el maestro del género, aquél que se reco-
mienda á la posteridad por sus arengas, casi
tanto como por sus triunfos, hacía brillar á
los ojos de sus veteranos el espejuelo de la
gloria y les mostraba cuarenta siglos con-
templándose atónitos desde lo alto de las
Pirámides. Cada uno de estos grandes artis-
tas ha acertado á excitar los instintos pro-
pios de las gentes que acudillaba. Llevar
así á los pueblos al matadero por la eficacia
de la palabra, constituye á no dudarlo la
apoteosis de la retórica.

Aun registrados todos los principales do-
cumentos de este arte sublime, difícil sería
encontrar en ellos precedentes á la última
arenga dirigida por el cesar teutón á los ex-
pedicionarios germánicos de la novena cru-
zada. Mucho hay que remontarse en la his-
toria para hallar á un soberano recomen-
dando á sus huestes el exterminio y orde-
nando la guerra sin cuartel. Sin duda el

kaiser es tan buen psicólogo como Napoleón, Gonzalo de Córdoba y Anibal, y conoce, al igual que ellos, su tiempo y su pueblo. Porque confesemos nuestro error, nunca habríamos creído que una excitación semejante pudiera ser escuchada sin protesta en la que fué patria de Kant, Hegel, Fichte, Schiller y Goethe, ni lanzada a los vientos en los albores del siglo XX sin ser recibida por el mundo culto con un clamor unánime de reprobación. Guillermo conocía mejor que nosotros la situación moral de Alemania y la de Europa entera, presa de la soberbia y la codicia, restituída a la barbarie primitiva por la idolatría del dios-fuerza.

Terminó el emperador, dice el telegrama, pidiendo que la bendición del Señor acompañase a sus soldados. Harto necesitado está de esa bendición un ejército enviado para cumplir tales designios. Pero ¿qué Señor será el que bendiga al ejército exterminador? También en eso nos llevamos chasco. Creíamos nosotros que la bendición no podría descender sobre un ejército de sicarios, de las alturas de aquel Calvario santificado por el martirio del Justo que vino al mundo a difundir entre los hombres la paz y la fraternidad. Sólo en el Dios del Sinai, en aquel Dios que recomendaba a los suyos que no dejaran cosa viva en la tierra de promisión, hallábamos una deidad propia de la hecatombe que se prepara. Pues no. Los germanos van a China a propagar el cristianismo! Vengarán el asesinato del embajador alemán, asesinarán a los prisioneros y a los indefensos, dejarán de su paso memoria tal, que dentro de mil años no haya quien ose en el Celeste Imperio mirar a un alemán con malos ojos, ni aun con buenos. Pero su misión esencial es introducir en el Extremo Oriente la civilización germánica y la santa religión del Crucificado.

¡Polvos misioneros! Representantes del espíritu proselitista que tanto ha impulsado al progreso, su ardor religioso tenía un poco de infantil. Contentábanse ellos con hacer repetir a los salvajes los dogmas de una oscura y enrevesada teología, sin pararse a reflexionar en qué especie de idea puede formar de la redención un botocudo ó un aschanti. Creían cándidamente en la posibilidad de hacer cristiano a un fidsjense sin formarle un cerebro nuevo. Pero, en fin, eran mensajeros de paz, que en paz predicaban. Si no para la fe, conquistaban las almas para la cultura. Allanaban el camino a la civilización, dulcificaban las costumbres, combatían la antropofagia. Todo esto acabó. De hoy más el carácter de las misiones cambiará por completo. Los misioneros de este fin de siglo son soldados, no sacerdotes, y van a matar, no a morir. Los cristianos de ahora llevan el cristianismo en las puntas de las bayonetas. El evangelio va encerrado en bombas de lydita. Krupp es el primero de nuestros catequistas. El catecismo anda hermanado con el maússer. Europa hace cruzadas para redondearse el bolsillo. ¡Polvos misioneros! ¿Qué contestarán ellos a los catecúmenos que les pregunten cómo cabe propagar por la guerra una religión de paz, y cómo se hermanan la soberbia con la mansedumbre, el amor al prójimo con el exterminio del prójimo mismo? ¿De qué suerte podrán hacer penetrar en un cerebro chino la idea singular de que los bárbaros de Occidente (¡qué nombre tan propio!) tenemos dos cristianismos, uno para los dichos y otro para los hechos, el que se confiesa y el que se practica? Más les valdrá a los tales misioneros volverse a Europa para ver de cristianizarnos.

Y todavía se osará hablar de la bancarrota de la ciencia! Todo hace quiebra en estos luctuosos días. La filosofía, el derecho, la libertad, la civilización. Pero de entre todas esas quiebras ninguna tan completa como la quiebra del cristianismo. No prometió la ciencia redimirnos del pecado, ni traer a la tierra el reino de Dios. No ofreció la ciencia transformar las almas, de la noche a la mañana, para iniciar en el mundo una era de paz y mansedumbre. Dos mil años va a hacer desde el día en que murió en la cruz el mártir de los mártires. Hoy un emperador cristiano ordena el exterminio para difundir el Evangelio.

ALFREDO CALDERÓN

El ilustrado amigo que desde el extranjero nos favorece con algunos trabajos, acaba de enviarnos el siguiente, sobre el que le llamamos la atención de nuestros lectores.

Parte de la clave

Nada. No son ni desgraciados que, desnutridos, demacrados, con el alma sin consuelo de no poder dar pan a sus hijos, que forman, en el rincón de una zahurda, el cuadro de miseria más horrible que se puede concebir; no son, no, esos desventurados que, á impulsos de la desesperación, odian a las injusticias sociales, matan á los ricos; ni son tampoco unos fanáticos no sé qué, los cuales, obedeciendo á secretos impulsos de no sé cuándo, matan reyes. ¡Quí! Todo eso tiene una razón de ser, y obedece á una organización habilísima; esa es una máquina cuya palanca ejecutora desconoce, no sólo el vapor que la mueve, sino con mucha más razón la inteligencia que la dirige.

No son pobres desgraciados, ni se distinguen tampoco por el radicalismo de sus ideas, ni por su odio á las riquezas; pero, sean quienes fueren, hay, para concluir con ellos, que comenzar por acabar con el motor que los agita, y con la razón infame que los mueve.

A nadie acusamos: en asuntos tan serios se necesita prueba plena; pero si es necesario buscar datos exactos, reales, y discutir sobre sucesos consumados en la historia, y sobre doctrinas expuestas en los libros.

El jesuita Juan de Mariana, el famoso historiador, publicó en Toledo en 1599 su libro *De rege et Regis institutione*, en el cual se hace la defensa del regicidio; y asimismo lo hicieron en otros libros franceses, con inaudito descaro, individuos

de la Compañía, y no sabemos si por efecto de tales predicciones fueron asesinados el rey Enrique III en 1589 por Santiago Clement, monje dominico, y el rey Enrique IV por el fanático Ravillac, en 1610. El gran pontífice Clemente XIV, abolió en 1773 la orden de los jesuitas, y murió envenenado poco después.

En el libro precioso de Armand Dubarry, *Splendeurs et miseres de la Cour de Rome*, libro publicado en París en la casa editorial Maurice Dreyfons y en el notable capítulo *Los Jesuitas* (página 42), léanse los siguientes párrafos:

«Los jesuitas reclutan entre sus antiguos discípulos las personas que les son necesarias en el mundo para facilitar la marcha de su terrible máquina. Esos amigos, esos conductores temporales, son servidores incondicionales que los Padres dirigen con arreglo á las necesidades. En cambio de su celo, la Compañía los protege. En las artes, en la industria, en la diplomacia, en la administración, en el ejército, las mejores plazas, los favores más provechosos, son para ellos.»

«Hasta suelen encargarse de colocarlos, casándolos con señoritas que, teniendo buenos dotes, pertenecían á familias seguras, cuyos directores espirituales sean Padres de la Compañía.»

«Enemiga irreconciliable de lo que se opone á su marcha y engrandecimiento, la Compañía de Loyola no duda jamás, ni un instante, si su interés lo exige; y entra en guerra contra los Estados, las instituciones, los individuos, y emplea todos los medios, sean los que fueren, para destruir los obstáculos y lograr sus fines.»

«El jesuitismo no es más que la expresión de una idea vieja como el mundo: EL ABSOLUTISMO. En todo tiempo hubo jesuitas. Los de Ignacio de Loyola están organizados. Sus predecesores no lo estaban. Eso es todo. Contra semejante plaga hay un específico seguro, á condición de no abandonarlo un solo día. La libertad; ó, por mejor decir, las iglesias—y no la Iglesia, como equivocadamente decía Cavour—las iglesias libres en el Estado libre.»

«Los proyectiles que abrieron brecha en Roma, en la Puerta Pia, la mañana del 20 de Septiembre de 1871, dejando paso al rey Víctor Manuel, padre del rey Humberto, al acabar con el poder temporal de los papas causaron también gran detrimento á la Compañía de Jesús.»

El rey Humberto, antes de ser asesinado ahora, no por ningún pordiosero, sino por un anarquista de buena posición, hermano de un oficial del ejército italiano, había sido ya víctima de otras dos tentativas de asesinato.

Los anarquistas no son enemigos de los mercaderes de los templos, ni de las grandes riquezas, ni de los grandes vicios, ni de los grandes tiranos, ni de las grandes holgazanerías. Son, al contrario, enemigos mortales del progreso; de los que representan, dentro de la monarquía, la libertad contra el absolutismo; y de la República; y tiraron dos veces contra Alfonso XII, y asesinaron á Cánovas, creyendo quizá que desbarataban el partido conservador, y que aristocracia, banca y ejército traerían á don Carlos; y asesinaron á Sadi Carnot, y á Prim; y arrastraron los muy canallas al gobernador de Burgos en 1868; y tiraron una bomba en la Cámara francesa, y varias, ¡fieras hidrofobas! en el teatro del Liceo de Barcelona; y asesinaron á Lincoln; y después de dos conatos respectivos, han asesinado al rey Humberto; é intentaron hacerlo con el rey Amadeo; y asesinaron, después de tres atentados fallidos, al czar de Rusia Alejandro II, el que abolió la esclavitud en sus Estados, é intentaron asesinar á Martínez Campos.

Deben estudiarse, sobre todo, los crímenes de los anarquistas, desde que, dividida la Internacional, salieron de su seno: EL PARTIDO SOCIALISTA, RESPETABILISMO, y la jauría de perros rabiosos que es azuzada, contra todo lo que representa libertad y progreso, por no sabemos qué bandidos, cuyo exterminio es de absoluta necesidad.

Al partido socialista tratan los reaccionarios de llevarlo, no por el camino del crimen, como á los citados bandidos, pero sí por el del fanatismo, creando los centros católicos de obreros, mezclando la religión con las cuestiones de trabajo, como lo han hecho en las policias. Por fortuna, los obreros conocen pronto el juego, y los mandan á paseo.

Claro es que las grandes infamias, cuando se dispone de ríos de oro para realizarlas, y cuando su estado constituye la vida de una sociedad, esas infamias se revisten de todo el aparato que su importancia exige, y el don Juan de Ribes del epigrama las patrocina muchas veces. Hay que engañarlo y hasta presentar las víctimas como verdugos á los ojos del vulgo necio.

Hay hasta que hacer la farándula de otros atentados contra los amigos, que providencialmente no causan daño á nadie, y cuenta que no lo decimos por el mentecato Spido, el que hizo en Bélgica la farsa de atacar al príncipe de Gales, y ha sido absuelto por el jurado, ni por la bonita comedia representada con el shah de Persia.

A propósito de Inglaterra. Da la casualidad de que los últimos crímenes anarquistas redundan en pro del ideal de los ingleses en estos tiempos: aliarse con Alemania.

Los ingleses conocen que si Alemania se les va, están perdidos. Si á sus dos enemigos irreconciliables, Francia y Rusia, se une Alemania, la ruina de Inglaterra es infalible; y como el pueblo alemán, por cuestión de comercio y por cuestión de raza, no quiere al pueblo inglés, precisa que venga la unión por el gobierno.

Ya tira bastante del riño la abuela; pero es necesario fuerza mayor; hay que separar de la triple alianza á Italia, cultivando la eterna antipatía entre italianos y austriacos.

El vil asesinato de la emperatriz de Austria por un italiano, despertó bastantes manifestaciones de odio contra Italia en los pueblos austriacos y húngaros.

Y ahora, con la cuestión de China sobre el tapete, urge más que nunca á los ingleses que no se les vayan los alemanes. Y nada tan conducente á ello, como hacer perder á Guillermo II la confianza en Italia, debilitar á Italia, matar con Humberto su política, hacer imposible en estos momentos, en que nada se ve claro, la unión de Alemania con Rusia, sino muy al contrario; demostrar á Guillermo que se necesita tener ganada la Gran Bretaña, para tener segura la Alsacia y la Lorena.

Véase por dónde los anarquistas, máquina cuya organización es perfecta, y cuyo motor y cuya directriz es indispensable averiguar cuáles son, al abrir brecha con la muerte del rey Humberto en la triple alianza, favorecen los intereses de los dueños de Gibraltar, aproximándolos á los vencedores de la guerra de 1870-71. Tal es el sueño dorado, repetimos, de los ingleses; y lo han trabajado, no sólo con las cari-

cias de la reina Victoria á su nieto, sino cooperando á la vuelta de los jesuitas al imperio alemán; que así como los ingleses ayudan en todo el mundo á la Compañía de Jesús, que tiene todas sus casas y colegios y fundaciones bajo el protectorado de la bandera británica, de igual modo los profesos laicos de la Compañía cosmopolita secundan con sus fuerzas todas las deseos de Albiñ; y son hoy el elemento inglés, cuya residencia está en Jersey, y el elemento norteamericano, los más prepotentes entre los hijos de Loyola, en favor, como siempre, del absolutismo, y hoy en daño de la raza latina.—S.

Verdades á cuenta

Un hombre que lucha constante y valientemente por la idea republicana, Julián Paramio, me escribe desde Villarramiel:

«Mi amigo Nakens: adjuntos 9 sellos de los 16 que me remitió.

No pudiendo vender ninguno regalé los que faltan y ¡vaya si lo agradecerían los republicanos! Un millar pudiera haber repartido á este precio en un solo día.

Vivimos en un país de indiferentes, y nada útil ni de provecho podemos esperar para idea alguna determinada, por buena que sea.

Siga usted su campaña anticlerical, que es lo que más importa, á fin de conseguir apartar de nosotros á los demócratas y republicanos de oblat. La campaña de estos nos causa más daño que las diferencias de procedimiento y de apreciación.

Cuatro republicanos anticlericales en cada pueblo, valen y pueden más que 200 republicanos de cofradía; y ya se probará esta afirmación, si llega, y lo conocemos, el día de zurrar simultáneamente en toda España.

Está identificado en todo con usted su afectísimo amigo y correligionario.»

Ahí, á la campaña anticlerical exclusivamente, me veré obligado á ir por fin, querido amigo Paramio; pero antes necesito convencerme del todo, y por experiencia propia, de que los republicanos para nada práctico servimos. Y si llego á convencerme, (con pruebas) lo diré muy alto para que todos lo oigan.

Yo alto para que me da el haber dedicado mi vida entera á la propaganda de una idea que creo salvadora aún, con la que estoy más encariñado cada día, y á la que nunca renunciaré, expondré lo que pienso con más claridad aún que hasta aquí; y no sólo á los de arriba, sino á los de enmedio, y á los de abajo. Y si, como es probable, casi seguro, se empeñaran todos en continuar la farsa, yo me concretaría á proseguir la campaña anticlerical, que fui el primero en emprender después la restauración, campaña de más trascendencia que la de estar perpetuamente impulsando á quienes, por lo visto, no les conviene moverse.

Y únicamente en el caso de que otros hombres alzarán del suelo la bandera caída, con la resolución y el brío que los de ahora no tienen, volvería á ocuparme de política. En realidad estoy ya avergonzado del empeño estúpido de querer encauzar la republicana por direcciones nuevas.

Para pintar lo terrible del esfuerzo impotente, hay este cantar flamenco:

*Permita Dios que te veas,
con una cuba muy grande,
sacando agua y no puedes.*

Cantar que, si se tratase de pintar la tontería y la testardez, podría parodiarse en esta forma:

*Permita Dios que te veas,
defendiendo una política
casi en soledad completa.*

La vida en Madrid

Comprendo el horror que las gentes frívolas y superficiales tienen á la estadística, sobre todo á la que se refiere á cuestiones de cierto orden, que ponen de manifiesto los estragos que en la humanidad producen los prejuicios, la mala organización social, los vicios, la miseria, el desequilibrio económico y muy especialmente los continuos atentados contra la razón y la naturaleza que se realizan bajo este régimen absurdo en que nos empeñamos, no en vivir, sino en hacernos la ilusión que vivimos.

No obstante esa aversión general á esta clase de cálculos, voy á tocar, tomando por base el movimiento actual de la vida de Madrid, un asunto á que no se ha dado importancia, teniendo mucha, y que está al alcance de todas las inteligencias con sólo fijar en un poco la atención. Los periódicos de gran tirada, excluyendo la *Gaceta* que no la lee nadie, han dado ahora en publicar una relación de los nacimientos y defunciones de esta ciudad.

No dan á este otro importancia que la que puede tener una noticia más cualquiera, que aumente la información, como la orden de la plaza, el alza y baja de la Bolsa, la salida y entrada de los trenes.

En ciertas esferas, lo la cotización bursátil, el precio de los meros ó escarceos de la política menuda, todo lo demás que se hace cálculos numéricos ó de cuestiones sociales, causa tedio. Pero alguna vez hay que romper con la costumbre.

He tenido la paciencia de reunir los números de *El Liberal* de varias semanas, del domingo al sábado, y de ver que en una de ellas, en 7 días, hubo en Madrid 196 nacimientos y 427 defunciones, y así, sobre poco más ó menos, en las otras.

Doy por sentado que haya alguna deficiencia en esas relaciones por error ó comisión al sacar los datos de los registros municipales; pero á falta de otros más exactos, no tengo inconveniente

en tomar como tipo y término medio aproximado para mis cálculos esos 196 nacimientos y 427 defunciones y hacer la sencillísima cuenta siguiente:

NACIMIENTOS	DEFUNCIONES
28 al día.	66 al día.
10.220 al año.	24.090 al año.
408.800 en 40 años.	963.600 en 40 años.

Diferencia: 554.800 defunciones más que nacimientos; es decir, aproximadamente el número de habitantes que en la actualidad tiene Madrid.

Con cuya cuenta que, como se ve, es de lo más rudimentario y fácil, queda demostrado que la capital de España, abandonada á su propia vitalidad, sin el aumento de población que pueda tener por la entrada de gentes forasteras, se quedaría despoblada por completo en 40 años, si durante este período de tiempo siguieran los nacimientos y las defunciones en la misma proporción que ahora.

Como esto, desgraciadamente, tiende más que á mejorar á empeorar, ofrece un tema que, estudiado á fondo, representa un caso de patología social más que importantísimo por su transcendencia para la vida de la población, pavoroso por el horrible estado de pauperismo general que revela.

¿A qué obedece esta morbosidad que origina ese decrecimiento rápido y constante de la población de Madrid?

Esto es lo que habría necesidad de estudiar muy detenidamente por quienes puedan hacerlo. Yo sólo haré algunas consideraciones.

Recuerdo que un ilustre miembro de aquel no menos ilustre cuanto inútil Congreso de higienistas que se celebró aquí hace poco tiempo, dijo, sin duda como lisonja de huestes agradecido, que Madrid tenía excelentes condiciones climatológicas, mejores que casi todas las demás grandes capitales de Europa.

No lo niego; pero no tuvo tiempo el ilustre doctor para hacerse cargo del inconcebible abandono en que se halla este pueblo, por lo que se refiere á higiene y policía; de la repugnante suciedad de su casco; de la excesiva aglomeración de callejones estrechos; del amontonamiento de sus viviendas, semejantes á grillerías, donde las gentes habitan hacinadas, formando, desde los pisos sextos hasta los sótanos, apretados racimos de familias; de la escasez de vías anchas y plazas con arbolado en el interior, y del triste erial, desprovisto de vegetación que la rodea. Causas todas que, á pesar de aquella buena cualidad climatológica, tienen que hacer de Madrid una de las poblaciones de más mortalidad y peor sanas del mundo.

Esto por lo que se refiere á la higiene pública; que descendiendo á la privada, sería horroroso entrar en detalles. La pluma movida por el más gráfico y descarnado naturalismo, se resistiría seguramente á describir las lacerias y suciedades de la vida íntima que se hace en estas poblaciones grandes, verdaderos pudridores de la especie humana, donde, descontentando otras causas de permanente infección, sólo el aliento, la respiración de 500.000 habitantes basta á envenenar el ambiente cargándolo de miasmas nocivos.

En otro orden de ideas, el cuadro es aún más triste y desconsolador, porque pone más de relieve el grado de incuria, de cobardía y de imbecilidad á que han llegado los hombres.

A la falta de higiene pública y privada que tanto contribuye al exceso de la mortalidad, hay que añadir otras causas no menos lamentables que originan la escasez de nacimientos y las pocas probabilidades de vida con que aquí nacen las criaturas.

Por una parte la dificultad cada día más invencible que hay para adquirir elementos de subsistencia, y por otra el inmoderado deseo de gozar las trivialidades de la vida, son causa de la falta de reproducción que se observa en estos grandes centros de población.

Los hijos, dentro del régimen social vigente, aparte los encantos de la paternidad, el placer de verse uno reproducido en ellos, y las demás zarandajas y cursilerías por el estilo, que resultarían muy bonitas si los medios de subsistencia fueran fáciles, sólo originan gastos y disgustos. Los primeros no los pueden soportar ni los proletarios, ni la clase media; los segundos no los quieren sufrir los ricos. De ahí, el que todos los matrimonios, sean de la clase que quiera, procuren tener el menor número de hijos posible.

En la aristocracia, degenerada por la molición y el sibilantismo, falta de vigor vital por el continuo ayuntamiento de individuos de la misma casta, se conforma cada familia nueva que se forma con tener un vástago ético y enclenque que herede títulos y mayorazgos.

Las otras clases pudientes, lo que pudiéramos llamar la burguesía acomodada, lo sacrifica todo á la avaricia, al afán de acumular dinero viviendo casi en la miseria.

La clase media ilustrada, falta de nutrición y envenenándose en lo físico con los malos y escasos alimentos que digiere y en lo moral por el afán de lujo y ostentación que se ha apoderado de ella; condenada, por la falta de recursos para sus puerilidades, á perpetuo garbanzo y eternas patatas en honor de la chistera, de la levita, de los perfillos, de las soirées de cachupín y de esas ridiculeces y cursilerías á que se llama buena sociedad, está constituida en Madrid por una enorme legión de gentes familiares, anémicas, incapaces de procrear otra cosa que seres raquíticos, destinados desde su concepción á ser pasto forzoso de la voracidad del escolofismo y la tuberculosis que se perpetúa desarrollándose cada día más entre ellos.

Más abajo es un verdadero horror; para las gentes proletarias, cada hijo es una desgracia. Aunque resulte muy duro decirlo, es lo cierto que para los matrimonios de obreros y jornaleros es mayor causa de sobresalto y disgusto el que la mujer se sienta en cinta, que la muerte de un chiquillo. Lo primero representa para ellos una carga insostenible que se les echa encima; lo segundo es un peso que se les quita.

Por lo natural, un matrimonio joven, sin defectos físicos y sin causas patológicas que se opongan á ello, puede tener, por término medio, un hijo cada dos años. A los veinte años, son diez hijos. De qué modo un obrero, con siete ó ocho reales de jornal usurego que de hecho le falta muchos días, puede soportar esa prole, teniendo á la mujer en buenas condiciones fisiológicas para la maternidad y la lactancia y alimentando á las criaturas para que crezcan y se desarrollen? De ninguna manera. El mil por ciento de los hijos de la gente pobre se muere entre la edad de uno á cuatro meses. Las estadísticas necrológicas de Madrid lo prueban.

Hay otro síntoma alarmante de este estado social morboso que se opone á la reproducción de la especie por el horror que causa la falta de medios de subsistencia.

En las clínicas—y esto podrían confirmarlo muchos médicos—se observa constantemente, con frecuencia aterradora, que acuden muchísimas

mujeres casadas del pueblo y de las clases poco acomodadas, á consultar dolencias de la matriz, relajaciones y otras de esta índole que las tienen inaptas para la maternidad, y al oír de labios del facultativo que una vez curadas volverán á tener hijos, renuncian á poner remedio á sus dolencias; ¡Prefieren los infelices sufrir el mal, arrojando sus sufrimientos crueles, exponiéndose á la muerte prematura, á tener más familia, no por temor á los dolores físicos y á los desvelos que esto proporciona, sino por miedo á la miseria y al porvenir negro que les espera ante las dificultades de criar y mantener materialmente los hijos!

No quiero retocar más el cuadro que aun podría reargarse mucho de sombrías tintas.

Baste lo expuesto y las consecuencias que de ello pueden sacarse, para que las gentes reflexivas y comprendan que es un problema de vida y muerte para la población el que está planteado y que se desprende de los datos estadísticos que me han sugerido estas consideraciones.

La opinión pública debe reaccionar y acudir preferentemente á los primordial, que en todo individuo y en todo organismo social es la existencia.

Todos los convencionalismos, trabas y prejuicios que á la vida natural de los pueblos se opongan, deben destruirse y desecharse; de lo contrario, de persistir en este estado anormal en que la existencia se hace cada día más imposible, en que la muerte avanza á pasos rápidos, arrojando las fuerzas vitales que deberían serle insuperables por orden natural, habremos de confesar que somos, en vez de un conjunto armónico de seres conscientes, unidos para el bienestar común y la vida colectiva por lazos de solidaridad, una montaña informe de bestias irracionales, á quienes el egoísmo y las malas pasiones llevan al suicidio inevitable.

La del derecho á la vida, que tienen conculcado los organismos absurdos de la sociedad actual, es una de las reivindicaciones más necesarias y urgentes.

José CINTORA

LA MISIÓN DE LA PRENSA

La prensa viene estos días, como casi siempre, interesante, sugestiva, con noticias edificantes y consoladoras en grado superlativo. Leyéndola de cabo á rabo, no es posible negar su misión civilizadora, sus provechosos esfuerzos para difundir la cultura, sus trabajos fecundísimos en la obra del progreso, sus afanes, desvelos y sacrificios para la regeneración completa de España e islas adyacentes.

Descontados los chismes é intrigas de la política de bajo vuelo; pasando por alto las necesidades que con el pomposo título de «Declaraciones de don Fulano ó don Zutano» —personajes saguntinos de muchas campañillas—se lanzan á los vientos de la publicidad, echando á un lado eso de las bodas de la hija mayor de Alfonso XII con el hijo segundo del exayudante del titulado Carlos VII, ¡cuán provechosa, amena é instructiva resulta la lectura de los periódicos!

Después de haberos hecho un lío al tratar de enteraros de lo de la China, dobláis la plana del periódico y os encontráis seguidamente los siguientes títulos, á cuál más llamativo: «El asesinato en la Seo de Zaragoza», «Homicidio y parricidio en Oviedo», «Muerte de una puñalada en Lugones», «Un fratricidio en Valladolid», «Una criada que mata á su amo en Villanueva de la Serena», «Dos crímenes en Sevilla», «Un niño homicida...» Y ¡con qué lujo de detalles, con cuántos pormenores os cuentan todo esto! ¡Y qué manera de hacer las descripciones! Llegáis á oír los lamentos de la víctima, las blasfemias del asesino, el ruido de los golpes, el estertor de la agonía. Os cuentan a por b el sitio, profundidad y extensión de las heridas, las dimensiones del puñal ó el calibre de la pistola, el color de los zapatos y de las prendas de ropa, interiores y exteriores, de los personajes que han intervenido en el drama, las señas personales de éstos, y lo que hicieron y comieron el día de autos y la víspera. Si la imprenta, el telégrafo y el fonógrafo no se han inventado para esto, ¿de qué habían de servir?

Os echáis al cuerpo la racha de crímenes, si es que tenéis valor y estómago para tanto, y tropieza en seguida vuestra vista con otro título, siempre compuesto en todas las imprentas de periódicos: *Toros*. Un par de columnitas si es lunes; á veces cuatro si hay cogidas de importancia, ó en ocasiones casi todo el diario. Allí no falta nada: desde las filigramas de los maestros hasta las chapucerías del último novillero; de todo se da cuenta sin dejar una coma. Tantas varas, tantas caldas, tantos quites, tantos pases, tantos pinchazos, tantos volapiés, tantos descabellos, tantos caballos muertos, tantas coladas, achuchones, etc., etc., y el parte del médico cuando ha habido cogidas.

Después del atracón de toros, veis en un rincón del periódico, escrito con letra menudita: «Bibliografía». Debajo unas cuantas líneas escritas de mala gana y por puro compromiso (se conoce á la legua), líneas que regularmente pasáis por alto porque no queréis aguantar *latas* de nadie y porque os llama la atención y os pica la curiosidad un titular que dice: «Asesinato del rey Humberto». ¡Esto sí que da gusto leerlo! ¡eh! ¡claro! protestando en seguida contra la prensa porque en su afán noticiario hace la apología del asesinato y la propaganda del terrorismo anarquista. Pero después de esta protesta, ¡con qué afán se leen todos los pormenores! ¡con qué curiosidad insana se devora desde el título hasta la última palabra, sin perder punto ni coma! Y como sabe á poco el par de columnas que corresponde al expresado título, y la prensa no ignora que el respetable público anhela conocer el asunto en todos los pormenores, allá van traducciones de los periódicos italianos, hasta que nos empapamos bien de la cosa, tan bien como el mismo asesino.

Perfectamente ilustrados respecto á esto, nos llama la atención, cuando íbamos á dejar el periódico, otro título de letras gordas: «La muerte de Lagartijo». Tres columnas de

letra menudita, párrafos largos y ningún punto y aparte. ¿Pasarlos por alto? Ni que se tratara de un artículo de ciencias, artes, literatura, industria...

¿Qué estadísticas, eh? Mató tantos miles de toros; tuvo tantas cogidas en tal y cual fecha; en competencia con Francueto puso un par de banderillas únicas, en la plaza de tal parte; tomó la alternativa de manos del maestro Fulano, alias Zutano, el día tantos del mes tal en la plaza de cual. Y a continuación allá van anécdotas, frases, chistes y cosas de Lagartijo; lo que dijo la vispera de morirse, cómo se despidió de su familia y amigos momentos antes de expirar, las pulsaciones, la respiración, el fétido, las coronas, el duelo en Córdoba, el panteón y... los cuatro millones que deja. ¿Qué sabio en España ha legado tanto a sus hijos?

Luego, aun queda espacio en el periódico para los bombos al santo de su devoción o para las campañas contra el adversario. ¿Se puede pedir más por cinco céntimos, caballeros?

La prensa dice que el público es así, que le gustan todas esas cosas, y que no hay otro remedio que morir ó servirle los manjares que apetece; pero el público echa en cara á la prensa que sea como es. ¿Quién sostiene á los periódicos? ¿Quién ha educado el gusto del público? No tratemos de averiguarlo; todos tenemos la culpa, como de la muerte de Meco.

¡Oh! ¡La misión de la prensa!... ¡El sacerdocio periodístico! ¡Ese sí que es sacerdocio!

PERIS MORA

DESDE MILAN A MONZA (1)

No; no podemos derramar lágrimas, ni depositar flores sobre la tumba real que acaba de abrir la desesperación humana personificada en un solitario; como Amilcar Cipriani hemos recibido la noticia con sorpresa, pero sin ese estremecimiento de horror que causan los grandes infortunios. ¿Seremos duros de corazón? ¿Se habrá embotado nuestra sensibilidad? El espíritu de secta habrá envenenado, por ventura, nuestra alma sensible á todos los dolores?...

De primera impresión no acertamos á analizar el sentimiento que nos ha causado el nuevo drama representado en Monza, vecina de la más teatral de las ciudades italianas, de esa Milán del arte que hace poco presenció la horrible tragedia de una matanza de trabajadores; mas sea cual fuere la causa psicológica de nuestra frialdad de corazón, la sinceridad nos obliga á confesarla, aun con riesgo de verla duramente censurada.

Hay que ser francos.

Ninguno de los detalles del drama nos emocionan tan intensamente como la caída de un pobre obrero desde un andamio y como el cuadro de sus padecimientos y de su entuerto; como tampoco la desesperación de la reina Margarita que parece recordar la trágica desesperación de la emperatriz Carlota, interesante ídolo de amor y drama angustioso en una sola pieza, no puede congojarnos tanto como el martirio de una familia de trabajadores inocentes desgarrada por la ferocidad de los poderosos públicos.

Ojalá, ciertamente á los reyes, pero queremos á los hombres; haríamos saltar si pudiéramos las coronas, pero respetando las cabezas de los mismos que las ciñen, para que libres del hierro ó del oro que las aprieta, se abriesen triunfantes á la idea ennoblecadora y fecunda, y con esto queda dicho que no tratamos de insinuar una apoteosis con velo más ó menos sutil, del acto de Bresci.

Nada tan lejos de nuestro ánimo como dignificar la violencia que aborrecemos y glorificar la fuerza que abominamos, pero es preciso que conste que los adoradores de una y otra son los únicos que no tienen derecho á impresionarse con exceso, ni á fantasear con emoción fingida ante el incidente de Monza. Los que creen en la eficacia de las represiones sangrientas; los que aplaudieron inhumanos la caza cruel del hombre del pueblo en las calles de Milán; los que celebraron copa en mano, de espíritu *spumanti*, las matanzas milanesas, tan bárbaras como las de los pobres armenios degollados en los barrios de Constantinopla; los que creen que la violencia garantiza el derecho y que la sangre salva la sociedad y purifica los reinos, han de ser muy cínicos y muy audaces para presentarse de luto en las empujadas italianas y llorar consternados por una sencilla represalia, consecuencia natural del ejemplo y aplicación brutalmente lógica del criterio y de las enseñanzas de arriba.

En todo caso fuéramos nosotros, los humanos, los fraternales, los igualitarios, los enemigos de todas las tiranías, los flageladores eternos de la imposición de los fuertes, los detractores de la guerra, los que ansian la igualdad, que es la paz, y el amor que es la justicia, los únicos que podríamos matematizar los actos de venganza y las explosiones violentas del odio.

Pero lo que son las cosas, y, ¡oh poder de los fingimientos diplomáticos y de los convencionalismos oficiales!

Derramarán las cancelleas lágrimas de cocodrilo, se suspenderán las recepciones del Elíseo, será el telegrama de Francia el primero de pésame que haya llegado á Monza, pasarán por sinceros los forzados transportes del dolor burocrático, y, en cambio, la melancólica reserva del hombre reflexivo, y por reflexivo justo, que no mira la impresión dramática de los hechos, que no mide sus sentimientos por la tarifa telegráfica, que ve sereno, aunque no sin tristeza, una cosa más muy cerca de las cosas que reposan centenares de trabajadores asesinados en Milán, esa actitud sincera será sospechosa de inhumanidad y presentada ante el público imbécil, que no medita ni ahonda, como una apología vergonzante del atentado.

Lo anuncia con clarividencia maravillosa y con gran sentido de la realidad el revolucionario que hemos citado, Amilcar Cipriani.

A los crímenes gubernamentales de Milán siguió una orgía de recompensas, y el rey Humberto I, por su propia mano, concedió á los culpables de la hecatombe. En cambio al crimen individual del solitario de Monza siguió, indefectiblemente, la persecución colectiva de muchos inocentes.

¡Qué es que alentados como el último se hayan repetido en todos los tiempos y en todos los países, y que sus autores proviniesen de todos los partidos y clases sociales; clérigos, magnates, poderosos.

(1) Como es sabido hay una distancia de 17 kilómetros de una á otra población.

Como de costumbre, la historia que los registra y los explica no será *repasada* por los gobernantes hipócritamente desolados, y casi nadie tendrá el valor de observar á los erigidos en depositarios de la que más que justicia, es venganza social, que las doctrinas y las ideas nada tienen que ver con los actos de los hombres; aquellas serán maldiciones sin reflexión y proscritas ó arrancadas de cuajo del cerebro libre, mientras centenares de convencidos ajenos al hecho expiarán el acto moral y jurídicamente complejo del hombre que no conocieron y de cuyas intenciones no habían sido capaces de participar.

No, no hay que esperar que mediten los estadistas sobre la tumba real que acaba de abrirse. Ellos no sienten, no son capaces de sentir el drama en lo que tiene de humano, pero tampoco son capaces de pensar.

En estos instantes dominados sólo un sentimiento, el del terror, el inhumano sentimiento del miedo alocado, el que inspira crueldades estríles y represiones contraproducentes, y una sola desdichada idea ocurrirá á su cabeza torpe, la de perseguir, atropellar, velar la estatua de la ley y á la sombra de la arbitrariedad agregar al glorioso, brillante acompañamiento del soberano fétido una multitud de esclavos cargados de cadenas y un montón de inocentes que mañana clamarán venganza.

Ni un solo ministro, ni un político, ni un cortesano dirán al joven que será próximamente coronado, que la violencia llama á la violencia, que la represión es hermana de la represalia, que la injusticia es madre del crimen, y que la sangre derramada en Milán ha hecho verter quizás la sangre que ha empapado los arroyos de Monza.

No cabe concebir esperanza alguna en una nueva orientación más generosa y justiciera de la política italiana; basada en la fuerza, engendrará la fuerza con implacable fatalidad, y el espectro de una Italia vengadora, reflejo de la ferocidad de unas costumbres que la monarquía no ha querido suavizar, continuará amenazando á los poderes públicos que se resisten á sustituir el culto sangriento de la violencia por la religión amorosa de la justicia.

Y por ello, nosotros, serenos, en nuestra eterna melancolía, ante el drama de Monza que es la venganza en acción y el odio triunfante, sin ánimo de verter una frase cruel é inhumana, nos limitaremos á escribir frente á la nueva casa real abierta:

«¡Puede la lucha continuarse!»

EMILIO JUNOY

Puigcerdá 1.º de Agosto de 1900.

Imperio de la fuerza

No creemos que los crímenes del anarquismo los extingan Congresos internacionales, ni leyes represivas especiales.

Después de sancionadas estas leyes y de haber deliberado los diplomáticos, probablemente el problema continuará inalterable.

En materia de represión personal, no se puede ir más allá de la pena de muerte, y el anarquista que se lanza al asesinato, principia por despreciar su vida.

Medidas preventivas, aunque sean practicadas por pueblos con funcionarios de policía tan expertos como Inglaterra, tampoco garantizan la extirpación del mal, porque ni gobiernos, ni tribunales, ni policía pueden adivinar el pensamiento de un fanático resuelto á cometer un crimen.

Algunos recomiendan como medida suprema la deportación á un sitio seguro y aislado de África ó de América á todos los hombres de ideas anarquistas. ¿Pero quién puede proporcionar con certeza esta estadística?

¿No podría prestarse, además, la medida á las arbitrariedades más espantosas?

Aun en el caso de que en un momento determinado todos los anarquistas auténticos fuesen deportados y confinados, ¿quién asegura que al día siguiente no brotarán otros dispuestos á seguir la tradición de sus compañeros?

Claro es que los gobiernos tienen el sagrado deber de la defensa y de la protección de los altos intereses que les están encomendados; cierto que deben ser vigilantes, y en su caso, enérgicos; pero la enfermedad que aqueja á la sociedad contemporánea, el odio del proletariado al poderoso, el afán de reconstituir los fundamentos sociales, este mal se corregirá, principalmente, difundiendo la instrucción y gobernando con espíritu de justicia.

No nos parecen, además, las cancelleas europeas y americanas las más autorizadas para una obra de represión en nombre del derecho.

No hay derecho, ni propiedad ni garantía que estén seguros en manos de los poderosos de la tierra, y este es un mal ejemplo.

Lo que pasa en el Transvaal; lo que ocurre en China; lo que acaba de suceder en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, demuestran que vale más la violencia que la justicia.

Los gobiernos resuelven los problemas por la fuerza; hacen muy poco caso del sentimiento particular de los pueblos; privan á éstos de su libertad si son débiles; les imponen determinadas reglas comerciales, y, en una palabra, proceden movidos de la ambición y de la arbitrariedad.

¿Qué autoridad, por tanto, tienen los gobiernos para una campaña de justicia?

Se ve que por todas partes reinan la violencia y el egoísmo; el más fuerte despoja al débil, y este ejemplo, engendradora de una inmensa perturbación

moral, tiene que producir sus naturales consecuencias.

EL CORREO

Odio reconcentrado

Fueron robadas algunas alhajas en el monasterio de la Virgen del Puy en Estella; los ladrones fueron apresados por la guardia civil, y los estellenses se han entregado á brutales fiestas de regocijo por atribuir su captura á milagro de la susodicha virgen.

La guardia civil no queda bien parada con esto, pero la virgen queda peor. Si tiene tanto poder que puede servir hasta para que prendan á los ladrones ¿por qué no lo emplea para evitar que le roben las alhajas?

Un periódico carcatólico indecente, *La Tradición*, dice que los ladrones fueron descubiertos «porque la virgen tenía la mano señalando la dirección que llevaron los ladrones, con el rostro muy severo, y que el niño sonreía; afirmación que hace pensar con lástima en los infelices panaderos que aman pan de trigo para los animales que pe-describen ese papelucho, y para los que lo rumian, habiendo paja, cebada y bellota.

Pero no es esta la bestialidad mayor perpetrada á consecuencia de ese robo, sino este hecho, que copio del parte que ha pasado al gobernador civil de la provincia el capitán de la Guardia civil de Estella:

«Sobre las siete y media de la tarde de ayer, y al pasar por la calle Nueva la procesión que se celebró en acción de gracias por la captura de los ladrones y rescate de las alhajas robadas en la iglesia de Nuestra Señora del Puy de esta ciudad, varios paisanos amonestaron á un cabo y un soldado del batallón cazadores de Montaña que guardaba esta localidad, porque tenían los rostros puestos, y como contestara el cabo que ellos sabían cuando descubrirse, (pues sin duda esperaban hacerlo cuando pasara alguna imagen), fue agredido el aludido cabo Cuyetano Mijú Goni, y derribado al suelo de una bofetada que le pegó un paisano, á quien se desconoce hasta la fecha; tomó parte en su defensa el soldado llamado Francisco Cruz Hernández, y acometidos por un crecido número de paisanos, pudo evitarse un conflicto gracias á la oportuna intervención de un sacerdote y del maestro de cornetas de dicho cuerpo, pero no sin que resultara el soldado con una herida de arma blanca en el muslo izquierdo, por cuyo motivo la autoridad militar instruye diligencias.»

La nota característica de todo católico de verdad en España, es el odio á los militares, odio que se fomenta á diario en los templos y que se manifiesta siempre que las circunstancias lo permiten.

No pueden olvidar que el ejército ha impedido que su rey el señor don Chapa pesebre en la plaza de Oriente, y esto no lo perdona un buen católico.

Porque no hay que darle vueltas: los católicos en España son carlistas, llámense así, ó conservadores, ó liberales, ó demócratas, ó republicanos, ó socialistas, ó anarquistas. Todos pueden entenderse en un momento dado, y converger en un punto, aunque partan de direcciones diversas.

El ser católico imprime carácter; carácter reaccionario.

EL FANTASMA DE LA REACCIÓN

«Hablar hace algunos años de los progresos de la reacción, era exponerse al ridículo y hacerse acreedor al dictado de cursi. Eso de la reacción, decían los espíritus nuevos, es un fantasma; los que le temen son gentes anticuada, rutinaria é ignorante.

Sectarios, intransigentes, inquisidores rojos antojábanse á los sensatos, á los hombres de su tiempo. Nakens con su *Merín*, Chies y *Demófilo* con sus *Domineles*, Pi y Margall con su eterna cantinela de separar la Iglesia del Estado y expulsar las órdenes religiosas, y Salmerón con su filosofía.

«La reacción es un fantasma! Con repetir esa frasecilla se aboraban muchos, muchísimos de nuestros políticos, periodistas, etc., etc., el trabajo de observar y el martirio de pensar por cuenta propia; y sin ver ni meditar dejaban á los reaccionarios el hogar, la enseñanza, el ejército, las oficinas, los tribunales, las academias y el palacio real.

Ahora esos imbéciles se agustan del fantasma de que antes se reían. Se ven cercados, tiranizados por el terrible enemigo que los persigue hasta en lo más recóndito del hogar, y les domina hasta el extremo de no dejarles leer lo que quieren ni divertirse como les plazca. Ya hasta Romero Robledo se pone enfrente de la ola negra, y los más conservadores y católicos ven espantados la invasión de órdenes religiosas extranjeras que monopolizan y explotan la religiosidad y están en camino de arruinar á España.

Avanza esa ola negra, que esa, como el agua cenagosa que cubre devotos campos después de una riada por la roja España, y la arruina, la desmoraliza, la atonta, y la vuelve de alegre que era en triste y sombría.

Sevilla la alegre, la risueña, se ha vuelto huraña, y prefiere á los toros y las cañas de Manzanilla las procesiones del Corazón de Jesús.

En Málaga no hay más ley que el capricho de la suegra de Silvela y se persigue á sangre y fuego á *La Conciencia Libre*. Cádiz es foco de maristas y ma-

riconistas. En Granada ha quedado de hecho suprimida la libertad de la cátedra. Castilla sucumbe por la langosta y la frailocracia, dos plagas muy parecidas. En Cataluña logra predicamento el regionalismo clerical. Pero donde la reacción hace mayores estragos es en el Norte. Pájala lo que á ciertos viuos que crecen en fuerza alcohólica á medida que hacia el Norte suben.

En Pamplona la previa censura teatral hizo que los autores dramáticos protestaran airadamente é impidieran la representación de sus obras en el teatro municipal. En Vitoria, ya dijo Macztu que no se puede vivir, porque es pecaminoso hasta ir de paseo. En San Sebastián y Bilbao la gazmoñería, la ñoñez, la hipocresía han llegado al colmo.

Y en Santander ahora empiezan á enterarse algunos periódicos madrileños de la peste jesuítica que padece desde hace años aquella hermosa ciudad.»

Esto dice Castrovido, y á fe que sabe lo que se dice. A los que hemos combatido sin tregua para evitar que España llegue á verse como se ve, se nos ha considerado como fanáticos ó monomaniacos hasta por muchos de los mismos que se alaban de profesar nuestras ideas políticas.

En lo que no tiene razón Castrovido, es en suponer que se asustan de la reacción. Todo lo contrario. Son tan inequívocos como cobardes, y respiran muy á gusto en este ambiente de cloaca. No es que se resignan, es que gozan en su degradación. Tomar por quejas sus palabras, equivaldría á creer que los cerdos padecen cuando graman entre el fango. Los seres inferiores tienen maneras raras de manifestar su alegría.

¿ÁNDE EL MOVIMIENTO!

¿Saben los periódicos de Burgos si ha ocurrido algo anómalo en la iglesia de Tórtoles? Porque se susurra que han desaparecido varios efectos de inestimable valor artístico é histórico, entre ellos un grupo de marfil representando un asunto bíblico y unas antiquísimas vinajeras de oro, donación del fundador de la parroquia, que eran verdaderas joyas.

Parece ser que el grupo de marfil ha sido reemplazado por otro que aspira á parecerse en algo, pero que es de mayólica, y las vinajeras por otras de cristal con humillo dorado por fuera queriendo imitar al oro.

El ladrón debe ser persona de campanillas, por cuanto el robo no ha sido comunicado á los tribunales de Justicia y nadie hasta ahora ha dicho oficialmente esta boca es mía.

Cuando se alborotaron las personas piadosas y asesinaron á un gobernador en el mismo Burgos, porque obedeciendo órdenes superiores se proponía hacer un inventario de las alhajas guardadas en los templos, preparóse el robo de esas figuras de marfil y esas vinajeras.

Si el gobierno tuviera hoy en sus manos el importe de todo lo que se ha robado desde 1869 en los templos, no se apuraría por el pago del cupón en algunos años.

Y si lo dedicase á construir barcos ¡qué marina reuniríamos! Ya podríamos entonces hablar gordo.

Y si se hubiera procesado á los autores, cómplices y encubridores de esos robos, ¡qué de tonsurados, altos y bajos, estaría á estas horas comiendo rancho en *beró!*

Pero ¿á qué hablar de esto, si lo desaparecido no ha de volver, ni se ha de hacer nada para impedir que desaparezca lo que queda?

Siga, pues, el saqueo, y que el Señor sea bendito.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas-franca de porte y certificada.

Para los suscriptores á *EL MOTIN* á 10 céntimos, cargándoles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

Una ciudad muerta

Santander, siempre liberal y avanzado, la que luchó el 19 de Septiembre contra Calonge, la representada en Cortes por Oreñe y Fernández de los Ríos, no tiene hoy un diario republicano, y tiene *La Altagaya*, diario de los jesuitas, ó *Páginas Dominicales*, semanario del obispo dirigido por el padre Aja y Plá, maestro de ceremonias de la catedral, y *El Trabacaire*, semanario carlista.

Tienen en la capital de la Montaña Casino los carlistas y los jesuitas un Circulo Católico de obreros que parece un palacio. La residencia é iglesia de los jesuitas son suntuosas, aunque de mal gusto, y el padre Mendía es allí cacique máximo, autoridad indiscutible, señor feudal sin herencia pero con cuchillo.

Los gobernadores de Santander—y ponga por testigo al señor Díaz Merry—más se preocupan de tener contentos al orejido Mendía y al desnarigado Sánchez de Castro, que á Pato y Silvela.

Mendía concierta los casamientos, elige carrera para los chicos de la aristocracia santanderina, compuesta en su mayoría de gentes descendientes

de aldeanos enriquecidos en América, de afortunados peones del muelle y de contrabandistas de la última guerra civil, que tanto favoreció á Santander económicamente, y es el *factotum*, el amo, la providencia de los hogares ricos.

Ha buscado y encontrado caballos blancos para tirar su periódico *La Altagaya*, á cuya imprenta—¡oh, afrenta!—han ido á parar los tipos con que se compuso aquella *Voz Montañesa* de ilustre memoria. Monopoliza en la imprenta de *La Altagaya* la industria de tirar facturas, prospectos, memobretes, etc., etc.; da clientela á los médicos, parroquia á los comercios, consumidores al industrial, alumnos al profesor y clientes al abogado adicto, y así en Santander, quien haya de vivir de esas profesiones ó oficios, ha de adular y servir al padre Mendía.

Se ha llegado allí á convertir el póbito en anunciadora de las casas, buletes, despachos, talleres y comercios á que puede acudir todo fiel cristiano y de los que debe huir como de promiscuación en Viernes Santo.

Los periódicos y los adictos á ese par de fanáticos (por error intelectual el prelado, por intereses, socarronería y medio de vivir y mandar el jesuita) han hecho campañas tremendas contra los bailes de sociedad en el círculo de recreo de Santander, el teatro, las fiestas populares, el carnaval y la prensa verdaderamente liberal.

Se ha llegado á lo ridículo. D. las señoras que asistían á los bailes del círculo de recreo dijo un cura en *La Altagaya* que eran *señoras* la representación de *Mis Helyet* en Santander después de cantarse en toda España, originó excomuniones, admoniciones en el pulpito, diatribas en los periódicos y tumultos en las calles. Un banquete dado en honor de Galdós, por el triunfo alcanzado con *La loca de la casa*, casi origina una San Bartolomé. Pereda, el retrogrado autor de la novela *De tal palo tal astilla*, fue tachado é insultado de liberal. Y tal se han puesto las cosas en Santander que, en efecto, resulta liberal el padre de Pedro Sánchez.

Hay en Santander un tribunal para ejercer la previa censura teatral. Lo preside un canónigo, Rubén de Celis, y á su fallo someten el repertorio las compañías que allí actúan.

Mario, con ser Mario, no pudo poner en escena *Juan José*, y hubo de retirar para el beneficio de Thoulier un drama de Echegaray.

Pero nada pinta mejor el carácter morboso y agudo de la reacción santanderina como el asesinato de *La Voz Cantabria*.

Fuñóse ese periódico el año 97, á la muerte de *La Voz Montañesa*, ocurrida al fallecer su fundador y director señor Coll y Puig, cuyo cadáver vistieron los familiares del obispo con hábito franciscano, y por cuya conversión, que fue una farsa, se rezo públicamente en las iglesias.

Al segundo número de *La Voz Cantabria* la excomulgó el obispo sin pretexto siquiera, fundándose en que iba á defender el programa republicano del *tal*.

La guerra que se hizo á ese periódico hasta matarle, después de un año de casi heroica resistencia, fue atroz, infame, vil y cruel. Al gobernador le apremió el obispo para que multara á la empresa; no lo consiguió, pero sí que un *luis* fiscal municipal le denunciara por supuestas faltas á la moral.

Las imprentas no se atrevían á tirar el periódico, los comerciantes no anunciaban porque equivalía el anuncio á un estigma infamante y á la pérdida de la parroquia. Se le quitó hasta vendedores. El dueño de un kiosco en el cual se vendía fue amenazado por el propietario del terreno con romper el contrato de arriendo si seguía vendiéndolo.

A una pobre mujer se la privó por venderlo de los bonos que semanalmente le daba una junta benéfica. Los hijos de otro vendedor fueron expulsados de las escuelas católicas. Varios caseros arrojaron de sus casas á los inquilinos que vendían *La Voz Cantabria* y Comillas impedía se vendiera en los andenes de las estaciones. ¡Un horror!

Sucedieron casos como estos. Entra una hora á comprar en un comercio. Ve, elige, regatea y compra. Se va con la mercancía, y vuelve á poco pidiendo que la devuelvan el dinero, porque ella ya no quiere el objeto comprado. ¿Por qué?—pregunta al dueño el comerciante. —¡Porque lo ha envuelto usted en este papelucho!—contesta horrorizada la señora mostrando un número de *La Voz Cantabria*.

Los que la leían lo hacían á hurtadillas, ocultándose en los cafés ó escritorios, y muchos de estos lectores me declinó:—Me gusta mucho el periódico, pero no puedo suscribirme; si mi señora supiera que lo leía era capaz de divorciarse. Pero ¿qué más? yo he visto santiguarse y rezar á algunas señoras al pasar por mi lado en calles y paseos.

Se asesinó en Santander la libertad de imprenta, sin que la mayoría de los liberales de España hiciera nada por evitarlo.

¡Ahora se ve que la reacción no era un fantasma! A buena hora. Cuando tiene á la libertad postrada en tierra, agarrada, medio estrangulada por las manazas de un fraile y sobre su pecho la rodilla de un jesuita.

No me indigna tanto la audacia del jesuitismo como la ceguera y la cobardía de los liberales, de los republicanos sensatos, hombres de su tiempo, espíritus nuevos que se mofan y llamaban *cursis* á los pobres diácos que hablaban del fantasma de la reacción.

Si la ola negra ahoga á esos mentecatos únicamente, la riada reaccionaria será tan provechosa y fecunda como las avenidas del Nilo.

ROBERTO CASTROVIDO

Una prueba más

Hace pocos días se celebraron en la iglesia de Santo Domingo en Pamplona las exequias por los fallecidos en el Caney. Predicó el obispo, y sin tener en cuenta siquiera que lo oían algunos supervivientes de aquella acción, se sintió indignado al recordar cómo habían regresado doscientos mil soldados de Cuba sin apenas combatir; y entrándose por los dilatados campos de la historia militar de España, dijo «que cuando cada capitán llevaba á su lado un sacerdote y el soldado un rosario al cuello, el ejército triunfaba; y que hoy que ha perdido la fe, que no se reza en los cuarteles y que se han olvidado aquellas sabias ordenanzas que mandaban atravesar la lengua del soldado blasfemo con un hierro candente por mano del verdugo, todas son derrotas.»

El Porvenir Navarro, que está ha-

ciendo una valiente campaña contra el fanatismo y la superstición, replica en esta forma al obispo:

«No es nuestro ánimo disentir con el ilustre prelado, pero no recordamos haber leído en ningún tratado militar que en Pavía y San Quintín, en Cerinola ni en el Garellano, ni en Bailén, ni en San Marcial fuese con cada compañía un cura, ni al soldado se le colgara un rosario al cuello. En cambio, hemos oído decir á muchos veteranos de la guerra de África, que el general Prim, al coger la bandera del regimiento de Córdoba y dirigirse á los voluntarios catalanes en los Castillejos, les echaba cada rato *va Deus* que temblaba el misterio.

«No, ilustrísimo señor: dejemos apasionamientos á un lado; estudiemos con calma nuestra historia y la de las demás naciones, y sin ningún esfuerzo de imaginación, veremos que no era la mayor ó menor fe religiosa de aquellos valerosos capitanes la que nos daba la victoria, sino su pericia y las armas de combate de que disponían, que eran tan buenas ó superiores á las del enemigo.

«Si el ministro de Marina, señor Auñón, en lugar de poner escapularios á nuestros marineros, les hubiera dado buques, cañones y municiones de la calidad de la escuadra norte americana, ¿creo el ilustrísimo prelado que hubiéramos sufrido la espantosa catástrofe que presenciamos las aguas de Santiago de Cuba? ¿Acaso los yankees son católicos y llevan los curas que el señor obispo echa de menos en nuestras tropas, ni les ponen rosarios á sus soldados?

«Hoy, ilustrísimo señor, triunfan los ejércitos que superan en instrucción y buen material á sus contrarios, sea cualquiera la religión que profesen; y por tanto, no es haciendo rezar á nuestros soldados en los cuarteles y atravesándoles la lengua con un hierro candente como los hemos de poner en condiciones de triunfar, sino instruyéndolos en el arte de la guerra, y proveyéndoles de todos los elementos que la ciencia pone en manos de los combatientes.

«Recen cuanto quieran los curas y los que se quedan en sus casas para que nuestros soldados triunfen, que Dios sabrá si hacerles ó no caso. Lo que sí está averiguado es, por los hechos de todos los tiempos, que Dios se pone siempre de parte de quien más y mejores elementos cuenta para el combate. Y esto, claro está, es como premio y recompensa que concede á las naciones precavidas y que se cuidan más de su prosperidad que de conservar ciertos chirimboles perfectamente inútiles.

«Preguntó también el señor obispo encarándose con los generales: *¿Qué ventajas sacáis de África?* A Prim podía haberle hecho esa pregunta el ilustre prelado, y es seguro le hubiera contestado: *Ninguna, porque no conquistamos territorio alguno que pudieran explotar obispos y frailes.*

«No queremos hacernos cargo de otra porción de cosas que dijo el ilustrísimo señor obispo, porque ya nos va faltando espacio; pero le diremos con nuestra habitual franqueza, que la inmensa mayoría de los jefes y oficiales que llenaban la nave central de la iglesia de Santo Domingo, salieron poco satisfechos de la oración fúnebre, y algunos profundamente disgustados.

Poco se puede añadir á lo que *El Porvenir* dice, como no sea llamar nuevamente la atención del Ejército para que vaya viendo dónde están sus verdaderos enemigos.

SIEMPRE LOS MISMOS

No ha muchos días un *colporteur* recorría el pueblo de Santurce, ofreciendo su mercancía compuesta de Biblias, Testamentos y Porciones.

Encontrándose en la plaza se le acercó un alguacil y le dijo: «Venga usted conmigo á la casa ayuntamiento.» El *colporteur*, Pedro Pozo, obedeció sin poner ningún reparo.

Una vez en la casa de la autoridad donde se deben cumplir y hacer cumplir las leyes, el secretario preguntó:

—¿Qué libros vende usted?

—Señor, aquí los tiene usted, respondió el *colporteur*, entregándole una Biblia, un Testamento y una Porción.

Los hojeó un momento el secretario con aires de filósofo ó teólogo, mas pronto probó que no era ni lo uno ni lo otro, al decir:

—Estos libros no los vende usted en este pueblo, porque no tienen notas ni censura eclesiástica.

—Pardone, señor, que le diga, que la Biblia, compuesta del antiguo y nuevo testamento, no ha sido dada por los profetas ni por los apóstoles con notas; además, cada libro tiene su pie de imprenta que prueba se ha cumplido la ley en su justa exigencia; y como usted comprenderá, no se han impreso para tenerlos almacenados; por lo tanto, lo que la ley de la nación autoriza, no creo que usted tratará de invalidarlo impidiendo que yo cumpla con mi deber.

El secretario, un tanto enfurecido, dijo:

—Basta de razones; aquí no se venden estos libros aunque lo mande el obispo de Seo de Urgel; aquí no tenemos nada que ver ni con ley ni tolerancia; y si no ahora veremos si el cura párroco permite la venta. Alguacil, tome éstos libros y lévelos al cura, y que le diga si pueden venderse ó no.

—¿En qué quedamos? ¿no ha dicho usted que no se pueden vender aunque lo mande el obispo? ¿cómo va usted á quedar si el cura dice que se vendan? ¿Quién es la autoridad en Santurce, se puede saber? ¿Es que los habitantes de este pueblo viven bajo distintas leyes que los que viven en otros? ¿Hay ó no hay alcalde en Santurce? Si lo hay ¿qué se manda al alguacil á casa del cura con los libros? ¿Es acaso el cura el que ha de resolver las cuestiones de derecho? Si es así no hay necesidad ni de alcalde, ni de concejales ni de juez ni tampoco de alguaciles; basta con el cura, el sacristán y el monaguillo.

A estas observaciones, hechas con toda humildad por el *colporteur*, respondió el secretario:

—No vuelva usted á abrir su boca si no quiere que se le incoe un expediente.

En esto vuelve el alguacil con los libros.

—¿Qué dice el señor cura?

—Señor, ha dicho que son protestantes y que no se deben vender.

—¿En qué quedamos? Protestante, históricamente hablando, viene de los tiempos de Lutero y de Calvino, como si dijéramos de ayer; y la Biblia fué escrita hace millares de años. ¿O es que Moisés, Elías, David, Salomón y todos los profetas eran protestantes, como también Jesús y todos sus discípulos, Mateo, Marcos, Lucas, Juan, Pablo, Santiago y Pedro que escribieron el nuevo testamento?

El secretario, fuera de sí al oír esto, exclamó:

—No quiero réplicas, fuera de aquí; hemos concluido. Y voy á avisar por teléfono para que no le permitan mis alguaciles la venta en toda la jurisdicción. Y mucho ojo ¿eh?

El *colporteur*, al oír tan contundentes razones, se acordó de las palabras de Jesús: «No deis le santo á los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los puercos; porque no los recogerán con sus pies, y vuelvan y os despedacen. Mateo 7. 6.» y se retiró con ánimo resuelto de no dejar de recorrer el pueblo de Santurce y su jurisdicción minera, que es bastante grande, en espera de que se le incoe el expediente con que se le amenazó, ó se le dé la orden de prohibición por escrito, que es como deben darse todas las órdenes para que sean respetadas y acatadas.

José MARQUÉS

NUEVA EDICIÓN

CÉLEBRE CONFERENCIA

DE

MR. LEON TAXIL

DADA EN EL SALÓN DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE PARÍS

Precio: 25 céntimos. —Para los suscriptores de El Motin 15.

Documento piadoso

El Papa Inocencio III tuvo el honor de firmarlo, y dice así:

«A mi muy amado hijo en Cristo, el abad Reynier, superior de Cîteaux:

Te ordenamos hacer saber á todos, príncipes, duques, condes y señores de esas provincias, que los requerimos á todos á que os asistan contra los herejes del Languedoc. Una vez allá, desterrarán á todos los que tú hayas excomulgado, confiscarán sus bienes y emplearán con ellos el último rigor, si no abjuran de su heregía solemnemente.

Así mismo, requerimos á todos los católicos á que tomen las armas contra los herejes, luego que tú hayas predicado la guerra santa. A los que tomen parte en ella para sostener la fe católica, les concedemos los bienes de los herejes, é iguales indulgencias que á los cruzados de Tierra Santa.

¡Soldados de Cristo! ¡Guerreros de la Santa milicia! Exterminad á los herejes por todos los medios que Dios os inspire, porque son peores que los sarracenos, y sean establecidos católicos ortodoxos en todos los dominios que posean los herejes.»

Tan cristiana excitación no podía por menos de ser atendida. El clero predicó la guerra santa; los católicos se dirigieron á Classenuil, cercaron la plaza, la atacaron, murieron todos sus defensores; y ancianos, mujeres y niños, en número de 63.000 fueron pasados á cuchillo y quemados en grandes hogueras que los obispos bendecían en nombre de Dios y del Papa. Bezziers, Carcasona, Lavaur y todo el Languedoc, sufrieron igual suerte, pereciendo en total más de un millón de habitantes, confiscándoseles, por supuesto, todos sus bienes.

Recomiendo, por lo tanto, la lectura de tan humano documento, seis ó siete veces por día siquiera, á los republicanos que transigen con, apoyan la, y comulgan en la santa religión de nuestros mayores.

Su lectura les fortalecerá en la fe, si por desgracia para sus almas la sintieran debilitarse en las luchas del mundo, y les permitirá exclamar cuando nadie les oiga:

«¡Pero qué mamarrachos y qué hipócritas somos!»

Las misas que vuelan

Has de saber, fiel piadoso ó inocente que vas á cualquier iglesia con el objeto de que apliquen una misa por tu intención, mediante el dinero, por supuesto, porque estas cosas santas no se venden, no tienen precio, su valor es infinito, pero si no se pagan no se consiguen, y pagándolas siempre por adelantado; has de saber, repetimos, que hay noventa probabilidades de que no la apliquen ni el día que tú indiques ni otro alguno pasados varios años, contra diez de que tu voluntad se cumpla, si no del todo, en parte.

Esto si te diriges á una parroquia ó iglesia cualquiera gobernada por el clero secular; que si te entiendes con frailes ¡ah! entonces, como esos señores son tan perfectos, principalmente los jesuitas, el cálculo de probabilidades se eleva á noventa y nueve por el no, contra uno por el sí, esto es, por el cumplimiento de tu deseo. Una colecturía de iglesia clerical es un río muy revuelto; la de una comunidad abismo sin fondo en el que hay un fondo flotante (valga la paradoja) de misas de Gatibay, ó sea

en el aire indefinidamente, que asombraría á los que lo conociesen.

Si lo que quieres ¡oh devoto ó devotal es que tu dinero se gaste y la misa no se diga jamás, entonces encárgasela al sacristán ó á cualquier clérigo que veas paseándose por los corredores inmediatos á la sacristía ó en el atrio del templo, etc. Estos andan á verlas venir, se guardan el dinero y no dicen una palabra al colector; es probado.

Advertimos que lo mismo que con una misa aislada, ó como las llaman en caló de sacristía, *volandera*, (no es ya un poema, ni libro, este solo adjetivo verbal), sucede cuando se trata de una *partida* de misas, bien sean procedentes de la *cuarta funeral*, bien de testamentos, memorias ó legados. Estas van al poco airon de la colecturía, donde á lo más, y pensando todo lo piadosamente posible, servirán de *fondo de reserva* para ir saliendo de él cuando no haya otras de más precio ó urgencia; por ejemplo, en verano, que caen pocos encargos; si no es que forman parte de algún *pedido* que haga el obispo ó el secretario para repartirlas entre sus paniaguados ó enviarlas á Roma, donde hay otro abismo sin fondo, más negro aún que el de los frailes y jesuitas.

Todo esto, pensando también piadosamente; porque de otro modo podría creerse, y no sin probabilidades, muchas probabilidades de acierto, que el *fondo* era el bolsillo episcopal ó el del secretario, que se guardarán, como se ha probado ya cien veces, el dinero sin decir las misas.

¿Quieres que la tuya se diga cuando te lo propongas, reventando de paso al ánima del Purgatorio por quien ha encargado también una misa otro prójimo? Pues busca al mismo colector ó párroco, dale por tu *encargo* (todo lo subrayado es *argot* puro de sacristía), dale el doble del estipendio ordinario, por ejemplo, un duro donde aquel estipendio sea de diez reales como en Madrid, y entonces las probabilidades en contra tuya no pasan de cincuenta por ciento, porque muy bien pudiera otro habérselo adelantado con su duro, ó con seis pesetas, y á éste otro con dos duros, ó un devoto con las treinta gregorianas, y en tales casos (no mencionando el de que el cura no aplique la misa por nadie, por ser de los que ojean por la teoría del *fruto igual* contra la *del fruto especial*), tu encargo entrará en turno, sin que tú lo sepas, y no se cumplirá hasta que le llegue su hora... si le llega.

Ni creas que adelantas algo con dirigirte á un cura suelto que se te figura necesitado de encargos, porque ¡se da cada chasco en esto! Si el cura dice misa diariamente en determinada iglesia, á las órdenes de su rector, es porque se la pagan; y así, coge los cuartos de tu misa, se los guarda, se calla en la iglesia donde sirve, cobra las treinta ó treinta y una del mes, y la tuya, ó la guarda para decir la cuando se marche á baños, habéndola apuntado en su registro, ó cuando lo despidan de la iglesia dicha, ó bien ni la apunta ni la dice en su vida.

Había en Madrid un exclaustro carmelita, el P. Castell, que se daba apariencias de pobrete necesitado. No quería sujetarse á ninguna iglesia, pero servía en todas aquellas donde lo llamaban porque les hacía falta, y con este carácter de *no colocado, ambulante ó saltatumbas*, inspiraba compasión y tomaba todas las misas que le querían dar, y algunas que no querían.

—Yo, le dijo un día á cierto clérigo listo que le inerepó sobre esto, apunto las misas en un registro; y como no puedo acordarme de la *intención* respectivas, aplico en *descargo de mi conciencia*, borrando cada día una señal de misa ya cobrada.

—Eutones habrá *encargo* que tendrá su cumplimiento á los cinco años; y si el ánima ha estado esperando en el Purgatorio...

—Todas las ánimas salen de él un día ú otro, compañero; y ya ve usted, como soy ambulante, como no sé si me faltará misa algún día, hago mi *granerito*.

Y no le faltó, porque, después de muerto, sus herederos hallaron una libreta donde constaba que tenía ¡diez mil doscientas misas! ya cobradas y sin aplicar. Los herederos se guardaron los 10.200 estipendios, ó su valor, y las misas... volaron.

Cuanto á los colectores, hoy citaremos sólo á uno, al P. Angel de los Capuchinitos de San Antonio del Prado, en cuyos apuntes se hallaron, muerto él, ¡36.000 misas de diez reales, sin decir! pero, como en el caso anterior, no se halló el dinero, los 360.000 reales, si bien el pobrete padre, á pesar de su voto de pobreza, resultó propietario de una finca en Madrid que valdría unos 19.000 duros.

El obispo Saucha pudo y debió haberse incautado del inmueble para hacer decir las misas, pero no quiso molestar al ama heredera del frillaco (sin duda para que no desearbriera á esos misterios); ella disfrutó la herencia; ¡las misas... ¡ojos que te vieron ir! Aquéllas sí que resultaron *volanderas*! Todavía están volando.

¡Pobres ánimas benditas!

¡Pobrecitas, pobrecitas!

De la de ¡lle al clérigo cultos, ni párrocos. Cristianos, ni colectores, mucho mendicantes y frailes, ni jesuitas, ni nadie ofrece garantía de que se apliquen las misas, ¡oh fieles inocentes!, y esto en el caso de que su aplicación sirva especialmente al objeto deseado por el que paga; porque si la teoría del *fruto especial*, que es católico, no resultara verdadera, sino su contraria la *del fruto igual*, tan católica y admitida como ella, vuestro dinero habría servido sólo para contribuir al bien común de vivos y difuntos, no al especial de los vuestros.

Es decir, habría servido en el caso de

ser aplicadas las misas, caso cuya inseguridad estáis viendo; en el contrario, en el de esos Castell y P. Angel, no, y cien veces no. Porque, sabedlo, y salid de un error muy común.

Vosotros decís: «Yo, dando mi dinero, hago todo lo que es de mi parte por el alma del difunto, ó por lo que sea; si un malvado me defrauda, no creo que pueda ser en perjuicio de esas almas y de esas intenciones.»

Pues os equivocáis. La Iglesia enseña que de la misa que no se dice ningún fruto resulta, y que por ende los defraudados son tres: el que paga, el alma ó intención por la cual se paga, y toda la Iglesia, tanto militante como purgante. Conque abrid el ojo y cerrad un tantico la bolsa, que hay ruines defraudadores, cuyas tretas ya os iremos enseñando poquito á poco.

EL PAÍS

DIOS PATRIA Y REY

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

JOJO AL CRISTO!

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Precio de cada uno: 1 peseta. —Para los suscriptores á EL MOTIN 50 céntimos.

Comedias y Comediantes

LOS CÓMICOS DE LA LEGUA

La literatura dramática tiene un terrible enemigo, tanto más terrible cuanto que la combate con sus propias armas. Me refiero á esas compañías indisciplinadas é irregulares que, con el nombre de cómicos de la legua, recorren los pueblos durante las épocas de feria, Pascuas y Carnaval.

Todo les es conocido. El drama, la comedia de costumbres, la zarzuela, la gimnasia y la prestidigitación.

El empresario es á la vez director de escena, primer galán, bailarín y tramoyista. La primera dama es tiple, característica y suripanta, que es su verdadero rasgo característico. Hay quien dice que el empresario y la dama son marido y mujer; pero nadie ha visto la boda.

Los demás artistas no pueden ser más destestables. El segundo galán es tenor, barítono y sochantre. El barba echa las suyas en remojo cuando le toca y vende los billetes en la taquilla.

Un nublado de éstos acaba de llegar aquí y se aloja en la misma casa donde me hospedo. En seguida se ha puesto el empresario á llenar con letras de á vara carteles de colores que dentro de un rato se fijarán en las esquinas de las calles.

Se perpetra la «ejecución» de las mejores obras del repertorio antiguo y moderno. Todo esto lo veo con luto en el corazón y casi llanto en los ojos. Luego se ha dado la voz de «rompan filas» y cada uno se ha marchado á su respectiva habitación. La tiple, que sufre una pertinaz ronquera, ha empezado á tomar unas insuflaciones de clorato de potasa. El tenor hace gorroritos. Un racionalista se dirige á la criada que echa á correr cuando le oye este exabrupto:

—¡De rodillas, y pídile que *se* perdone!

Entre unos y otros se entablan diálogos edificantes con reminiscencias del repertorio consabido.

El empresario al apuntador:

—¡Voy á pegarle á usted dos tiros!

El apuntador al empresario:

—¡Apunten! ¡Pum!

El bajo á la segunda tiple:

—¡Desde que te ví sentí por tí un frenesí que hasta allí, porque sí!

La segunda tiple al bajo:

—¡Chiquirritín de la casa, ¿quien te quiere á tí?

El partiquino á una corista:

—¡No es verdad, angel de amor!...

La corista al partiquino:

—Amos, no tan cerca, buen hombre, ó lo que sea usted.

Anoche inauguró la compañía sus funciones. Diez minutos antes de empezar la sintonía se paseaba el empresario por el pasillo de las butacas frotándose las manos. Las luces corrientes, los músicos afinando sus respectivos serpentones, cornetines y otros instrumentos á propósito para producir y aumentar las sorderas. El público invade la sala, el maestro da el batutazo de atención y comienza la función.

Me voy al escenario y presencio un cuadro digno de especial mención. El tenor ha tenido la diabólica ocurrencia de tomarse dos copas después del ensayo y tiene la garganta como una chuleta empanada. La tiple está agarrada al bastidor de foro sufriendo el acceso de una tos perruna. La obra que va á representarse es *Entre mi mujer y el negro*, pero el que va á hacer de negro está blanco.

El empresario se lanza sobre él.

—¡Desgraciado! —le dice—usted quiere arruinarme. Pronto meta usted la cabeza en un tintero.

Yo acudo en su ayuda. Enciendo un fósforo y le paseo el humo por la nariz y la nuca. Escasamente logro dejarlo como un carbonero después que se ha lavado la cara con jabón.

Se alza la cortina, y sin desgracias personales que lamentar, se llega al primer can-

table. En el momento más crítico del dúo lanza el tenor un monumental gallo, que halla acto continuo respuesta en la asendereada laringe de la tiple.

Ociosos es decir que se desencadenó en la sala una tempestad de silbidos y se oyeron voces de «á la cárcel».

—Vamos andando—oigo decir entre dientes al empresario—así como otras cosas que no son para repetidas en letras de molde.

Uno sale por allí dentro.

—¡Guardarropa! Un mandil.

—No hay mandil—contesta guarda-

ropa.

—¿Y cómo salgo yo sin él?

—Póngase usted una sábana doblada de medio cuerpo para abajo.

—Abajo sí que le espero á usted para enseñarle sus deberes.

—¿A mí? ¡Anda, la orden!

Total, un belén.

No he hecho más que separarlos, y llega el partiquino.

—Necesito unos pantalones; los míos se me han roto por salva sea la parte.

—¿Y á mí que me cuenta usted? ¡Tengo yo acaso un bazar de ropas hechas?

Resultado, que el empresario suple la falta quedándose en calzoncillos.

El vocerío de los espectadores iba mientras tanto en rápido *crescendo*. El final fué que pidieron se les devolviera el importe de los billetes; pero esto no fué posible, pues el taquillero, en cuanto hizo la recaudación se marchó á jugar al casino y allí se la ganaron íntegra.

Mañana se reúne el Ayuntamiento en sesión extraordinaria, pues ha considerado, según dicen, la permanencia de la compañía como una cuestión que afecta al orden público.

ANGEL DE LA GUARDIA

El párroco de Arizcun ha amenazado á sus ovejas con no admitirlos en la iglesia si leen *El Porvenir Navarro*; á lo que replica este querido colega:

«Tenga en cuenta el párroco de Arizcun, que si pecado es leer *El Porvenir Navarro*, pecado es cobrar lo que no se debe, jugar, excederse en las comidas y bebidas; desear la mñer del prójimo, etcétera, etc., etc.; y que si á todo el que peca no se le ha de permitir entrar en la Iglesia, va á estar siempre casi vacía; tanto que ni siquiera él mismo quizás pueda entrar en ella».

El 25 de Febrero del año actual denunció *El Eco de la Fusión* de Tortosa el hecho escandaloso de que, hallándose comprometidos 25 ó 30 capellanes para acompañar al cementerio un cadáver en descomposición desde la barriada de Remolinos, no asistiese ninguno, por haberse ido á Roquetas á un asunto de su oficio que les producía más dinero. Hizo los comentarios oportunos, llamando sobre el hecho la atención del obispo.

Todos los curas aludidos callaron y ahora se descuelgan demandando por injuria al periódico.

¿Qué ha pasado para que, no habiéndolo hecho al publicarse el escrito, á los seis meses acudan á los tribunales? ¿Acaso les ha asegurado alguien que será condenado el periódico, y por esto han presentado la querrela?

Sea por lo que quiera, antójase me que se han metido los curas en mal negocio; el querido colega ha aceptado valientemente la lucha á que se le provoca, y vamos á saber buenas hazañas del clero de Tortosa.

Los que dicen no pertenecer á ningún partido político, quieren decir que están dispuestos á pertenecer á cualquiera.

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores á EL MOTIN

CRISTO EN EL VATICANO, por Victor Hugo. LOS REYES CON NOTRE, por El Motin. Con láminas. LA INFAMIA DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO, discurso del obispo Sirosmayer.

JUANA LA PAPA, por Julio Fernández Mateo.

LA MUJER Y LA IGLESIA, por Id.

MÓNICA SECRETA, ó INSTRUCCIONES RESERVADAS DE LOS JESUITAS LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por un presbítero.

¿CUÁL ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obispo en el círculo «La paz» de Lieja.

CARTAS DE TATILLERAND al obispo de Clermont y al abate Maury.

CARTA DE TATILLERAND al Papa Pío VII.

POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por «El Motin».

LA MENDICANCIA Y LA IGLESIA, por Laurent.

MÁXIMAS INMORALES de los Jesuitas, sacadas de sus obras.

MÁXIMAS PORNÓGRAFICAS de los Jesuitas, ídem, ídem.

CARTA Á EUGENIA, por Frère.

O CATOLICISMO Ó DEMOCRACIA, por F. Laurent.

LAS SESENTA Y SIETE CÉLEBRES PREGUNTAS DE ZAPATA. Dirigidas á una junta de doctores, por las cuales fué quemado en Valladolid en 1631.

CON LA JUSTICIA Y LA INQUISICIÓN... CRISTO, por don Nicasio Díaz Pérez.

LA CARIDAD Y LA IGLESIA, por Ch. Potvin («Dom Jacobus»).

LA REVELACIÓN Y LA IGLESIA, por ídem.